

# E S P I R A L

## P R I M E R O S   A Ñ O S

Mi nombre es Diana Patricia, fui la segunda de cinco hermanos, dos hombres y tres mujeres, mis padres eran comerciantes. Mis abuelos, los padres de mi padre eran originarios del estado de Toluca, emigraron a la ciudad capital dedicándose al comercio. Los padres de mi madre se quedaron en su lugar de origen, en Acámbaro, Guanajuato.

Mis padres se establecieron cerca de Coyoacán, en el lugar conocido como el pueblo de la “Candelaria” era una zona en proceso de urbanización, ahí en ese lugar nací en el año de 1957 y viví aproximadamente cinco años, la etapa de estos años de mi vida la creía en el olvido, la temporada de lluvias influye para que mi mente se abra al recuerdo. ¡Cierro los ojos!, me traslado en el tiempo: ¡veo el agua cristalina, emanada de un “ojo de agua” al pie de un árbol conocido como “ahuehuate”!, en la orilla se encuentran varias mujeres lavando ropa, el sendero es de piedra, el follaje es de color verde intenso, descubro pequeñas ranas de varios colores, ¡estoy en compañía de un perro!

¡Abro los ojos! Rememoro con lentitud al perro sabueso, no era mi perro, ni de mis padres, ¡era la mascota de un vecino! El dueño era un hombre joven lo sacaba a pasear, al pasar por el frente de mi casa, el perro al descubrirme movía la cola, me lamía la cara al acercarme, yo extendía las manos acariciando el pelo de su lomo y las orejas, él se acostaba cerca de mis pies, me subía a su lomo, se dejaba montar como si fuera un caballo y ¡a la aventura! Lo llamaban “El Gran Danés” era de color blanco, con orejas y patas grandes, el tamaño del animal era más del doble que el mío, ¡lo veía enorme!

“El Gran Danés”, fue uno de mis primeros amigos, al verlo pasar por mi casa, con o sin dueño lo seguía, cuando el vecino y mis padres se daban cuenta que no se encontraba el perro ni yo, salían rápidamente a buscarnos. Ambos teníamos afinidad por el agua, el perro ya conocía el camino, guiaba mis pasos dirigiéndose al “ojo de agua”. A los dos nos gustaba mojarnos, a él no le pasaba nada pero a mi sí, me enfermaba de la garganta y gripa, pero las inyecciones lo arreglaban, ¡todo tenía un costo!, cuando nos encontraban a él le colocaban la cadena en el cuello, cerraban la puerta de su casa, posteriormente mis padres me tenían más a la vista ¡así es la vida!

Existían varias casas en construcción en la calle donde se encontraba mi casa, los camiones que transportaban la arena la depositaban fuera de las obras, formando montículos que eran aprovechados por los niños que eran mis compañeros de juego la mayoría de las veces, construíamos hoyos en ella, murallas, senderos, castillos o subíamos a la parte más alta para deslizarnos. Con mis amigos jugaba a las canicas, con la resortera con parque de naranja o limón derribando pequeñas latas y al avión o a los cochecitos.

Tenía algunas amigas, a ellas no les gustaba jugar con arena lo que a mi me fascinaba, lo que es obvio que a nuestras madres no les gustaba, por lo que al ver que nos acercábamos a los montículos de arena, nos enviaban de regreso a casa de manera inmediata, al quedarme un

poco más de tiempo con mis amigos nos apoderábamos de la arena, pero alguien le daba la voz de alerta a mi madre la que momentos después aparecía, tomándome de la mano para llevarme a casa, ¡se daba por concluido el juego!

En el mes de diciembre las posadas eran significativas, asistíamos con mis padres y otros familiares cercanos para celebrar la última posada en la noche del día veinticuatro, las reuniones eran en la casa de mi tío José, mis padres eran los padrinos del “Niño Dios”, éste era pequeño aproximadamente de ocho centímetros y decían que el día veinticuatro se “acostaba”, era una tradición en la familia de varios años. Para acostar al “Niño Dios” en el pesebre del nacimiento, se realizaba la posada con villancicos así se colocaba en la canastilla con lecho de paja, después se rompía la piñata, se repartía la colación, ponche, luces, cohetes, silbatos, para los adultos el ponche con tequila, éste era mejor conocido como “ponche con piquete”, la fiesta se prolongaba hasta el amanecer.

El día veinticuatro por la noche era especial, porque los familiares de mis padres podían reunirse, el resto del año era difícil porque tanto mis tíos como mis padres trabajaban la mayor parte de la semana, ese día podía estar más tiempo con mis primos es decir convivir con ellos. Otro día especial era la noche del día cinco de enero y el siguiente “Día de Reyes” con la clásica rosca, y el día dos de febrero día en que el “Niño Dios” se “levantaba”, se vestía con ropa nueva cada año, se llevaba a la iglesia y durante la misa se bendecía, después era transportado en su canastilla rumbo a la casa de mis tíos para la celebración, quiénes hacían la fiesta eran ellos y las personas a las que les salía el muñequito en la rosca de reyes, les correspondía ofrecer tamales y atole, así se festejaba. La asistencia de los familiares en ese día ya era menos porque la mayoría se encontraba trabajando a los cuales se les enviaba el famoso “itacate” que consistía en enviar su respectiva ración de tamales y atole.

Me llamaban la atención a ratos las muñecas y los juegos té, al jugar con ellos pronto los perdía, mi madre me observaba dándose cuenta de las piezas faltantes, enviándome a buscarlos, lograba pocos resultados por lo que solo me quedaba con las muñecas. Ella cuidaba que “El día de reyes” lo disfrutara como los otros niños, al igual que mis hermanos, con discreción nos enviaba a jugar o a realizar alguna tarea para que no estuviéramos en casa para que ella pudiera “guardar” los encargos de los reyes. La noche del cinco de enero los polvos mágicos no podían hacer efecto, me negaba a dormir quería conocer a los “Los Reyes Magos”, cuando al siguiente día ellos aparecieron, ¡no me gustaron!, porque tenían exceso de maquillaje, las pelucas como las barbas se les caían, aun así me tomaron la foto del recuerdo con mi cara de no buen agrado. Al observar esa fotografía en el álbum de mi madre, me doy cuenta que mi vestido y zapatos eran nuevos. Mi madre se esmeró para satisfacer el deseo de conocer a “Los Reyes Magos” vistiéndome para tal acontecimiento.

Con mis amigas las de mi edad jugaba a los “secretitos” al terminar me decían: “¡no le vayas a decir a nadie!” contestaba: “¡no, a nadie le voy a decir nada!” pasaba con otra de mis amigas y preguntaba: “¡que te dijo!” la respuesta: ¡nada! En realidad no le había escuchado nada, solo era el “¡bsbsbsbs!” la lealtad me costaba una amiga. Cuando el juego se terminaba, cortaba flores, hojas de los terrenos cercanos a casa, con ellas improvisaba adornos en el pelo es especial con las flores de forma de campanita, con las hojas grandes de las plantas conocidas como “Hoja elegante” hacía paraguas o sombrillas según el clima.

Algunas de mis primas eran de mayor edad que mis amigas, nos reuníamos para platicar, en realidad quienes platicaban eran ellas, la conversación se basaba en los muchachos que conocían, de lo que les gustaría hacer al crecer un poco más, planeaban en casarse, como querían su casa, los muebles, las escuchaba atenta sin producir en mi persona mayor interés, mi prima de la misma edad que yo terminábamos por cada quién dirigirnos a nuestra respectiva casa.

A los abuelos los padres de mi padre, les gustaba asistir a misa los días domingos en la catedral, me gustaba verlos peinados limpios, en especial a la abuela Elena, me gustaban sus ojos negros de mirada profunda, nariz recta, boca con labios delgados, cara ovalada, piel morena, estatura mediana, pelo negro. Ella cuidaba su ropa, sus medias, los zapatos eran de color negro lustroso, las trenzas las peinaba y amarraba con listón delgado de color negro, el rebozo era portado sobre sus hombros con orgullo y dignidad. Mi abuelo Odilón era un hombre alto corpulento de piel blanca, pelo cano, usaba lentes y sombrero, el rostro limpio, la barba la afeitaba a diario, se vestía con un pantalón negro, con chamarra gris, camisa blanca, los zapatos los llamaba de los “domingos” eran como los de la abuela negros y lustrosos. En ocasiones yo los acompañaba, peinada con un par de trenzas con listones de color rojo, vestido y zapatos como la abuela, con mis tobilleras las que compraba con el dinero que ahorraba con “el domingo” que ellos me daban, de esta manera ¡me sentía grande y contenta!

El transporte hacia el centro de la ciudad se realizaba en camión, taxi o en transporte eléctrico como el tren, éste era el preferido por los abuelos, se abordaba el que pasaba de regreso de Xochimilco o Tlalpan, la terminal de estos era en el Zócalo de la ciudad, para poder abordarlo, se recorrían algunas calles, se cruzaba la calzada de Tlalpan que se encontraba a poca distancia, se esperaban algunos minutos. Dentro ya del tren me empezaba adormilar, observaba por una ventana los puentes, las vías del tren, haciendo esfuerzos para mantenerme despierta hasta llegar a la terminal.

El tren daba vuelta a la plaza de la Constitución ahí en Zócalo, por lo que era necesario caminar cruzando la plaza rumbo al centro, hasta la catedral, en su interior los ojos se cerraban los tenía que abrir, era inútil, el calor, los apretujones de la gente, los rezos, las oraciones del Padre Nuestro terminaban por arrullarme, solo se fijaba en mi mente la imagen que veía de Cristo ensangrentado con una corona de espinas, clavando la mirada en los ojos de Él sintiéndome pequeña, ¡lo veía lejano después nada!

Al despertar era luz, movimiento, color, los danzantes con sus plumajes, tocaban las sonajas, usaban taparrabos, en los tobillos llevaban cascabeles, en los pies sandalias, ellos se movían al ritmo de los tambores, el olor a humo e incienso impregnaba el ambiente y la ropa, había gente por doquier. Al tallarme los ojos y empezar a moverme en los brazos del abuelo, él se aseguraba que ya me encontrara despierta para bajarme al piso, me tomaba de la mano, la que sentía grande áspera, fuerte, me tenía bien sujeta, la abuela a un lado caminando ágil siguiendo las instrucciones del abuelo, al pasar por los puestos de dulces, la abuela se detenía, compraba una paleta ofreciéndomela, la que por supuesto aceptaba ¡una paleta o un dulce para el regreso no estaba nada mal!, más despierta, pero por un rato, ¡en fin así son los niños! ¡Las niñas no son la excepción!

Para retornar a casa de los abuelos se abordaba de nuevo el tren, el que se dirigía hacia el sur, rumbo a Tlalpan ó Xochimilco, si había un lugar cerca de la ventana podía observar el panorama, que era diferente sobre la calzada de Tlalpan, en la parada que correspondía bajar se encontraba la colonia “Ciudad Jardín” el cambio era paulatino conforme nos internábamos en la colonia, las casas eran bonitas con jardines, cerca de ella se encontraba, lo que los lugareños conocíamos como “Las Bombas” en este lugar se realizaba el control de la calidad del agua permitiéndose el bombeo posterior. Este sitio se encontraba ubicado sobre la calzada de División del Norte, del otro lado cruzando la calzada, en la entrada y a los lados del pueblo de la “Candelaria”, existían casas en construcción, callejones, tiendas de diferente giro, puesto de verduras, panaderías, pollerías, carnicerías, lavaderos, expendios de petróleo, tlapalerías, molinos de nixtamal, tortillerías etc.

El contraste era evidente, pero de este lado estaban las personas a las que yo amaba, ¡eran mi mundo! De este lado establecía mis propios retos, me daba cuenta, deseaba crecer, subir la calle de esa pendiente inclinada de la calle “De la Gloria”, en ocasiones acompañaba al abuelo de regreso a casa al terminar el día de trabajo, él cargaba una caja de frutas, al subir la pendiente de la calle él sudaba copiosamente por el esfuerzo, se detenía bajando la caja, se quitaba el sombrero, me quedaba a su lado, lo observaba, le veía la cara roja, los lentes empañados por el sudor, él sacaba de la bolsa de su pantalón un pañuelo rojo grande y con éste se secaba la cara y cuello, se colocaba de nuevo el sombrero en la cabeza, se anudaba el pañuelo en el cuello, reanudábamos el paso hasta llegar a casa, el tiempo transcurría lentamente.

Observaba las casas al caminar por la calle, miraba el árbol de la esquina de enfrente en donde se encontraba mi hogar, ahí se encontraba una toma de agua, la que utilizaban los vecinos cercanos, de cierta manera era un lugar de reunión tanto de los adultos como de varios niños, con los que jugaba con el aro de metal que se rodaba, el niño que mantenía el equilibrio sin dejarlo caer era el que ganaba, otro juego era el de los triciclos o bicicletas, manejaban las bicicletas solo los niños más grandes y éstas no eran para las niñas, así que me conformaba con verlos.

El transporte que entraba al pueblo de la Candelaria eran los taxis los que eran llamados “cocodrilos” por su color verde oscuro con triángulos blancos en forma lineal, estos eran pintados en la línea media horizontal semejando dientes, al abrir el cofre del auto para revisar el motor semejaban las fauces de un cocodrilo, estos taxis pasaban por la calle de vez en cuando, era lo más usado por el rumbo por la estrechez de las calles, si transitaba el taxi y las personas simultáneamente por ese lugar, éstas se tenían que hacer a un lado, afortunadamente la precaución prevalecía.

Me podía dar cuenta de la hora en que pasaban los vecinos como de el oficio de algunos de ellos, en la entrada del callejón de “La Gloria” frente a la casa de mis tíos, vivía una familia dedicada al comercio de figuras de latón, llamaba la atención las figuras que eran de diferentes tamaños del tipo prehispánico, las máscaras eran finamente elaboradas, la familia se involucraba en el trabajo los vecinos los conocían por su dedicación a ese arte.

De manera inesperada mi madre nos aviso de un cambio de domicilio, este traía consecuencias, una de ellas era la separación de los abuelos, otra era que al crecer cada día

más reunía la edad para ingresar a la escuela primaria, un primer giro en mi vida, al igual que para mis hermanos y toda la familia incluyendo a los abuelos.

Los abuelos simultáneamente también realizarían un cambio de domicilio, un poco más hacia el centro del pueblo, desconocía las razones por las que ellos también se irían de ese lugar, antes de partir el abuelo nos invito a conocer el nuevo domicilio, él estaba contento su nueva casa la que se encontraba rodeada de árboles, pasto y milpas, y “La Negra” su mascota, era una perra que tendría más terreno para ella, la llave del agua estaría en el terreno, existían tiendas y luz eléctrica.

Cada familia tomo rumbo en sentidos contrarios, satisfaciendo sus propias necesidades, mis padres se marcharon más hacia el sur de Coyoacán, en una nueva colonia, el “ojo de agua” se encontraba en el límite entre el pueblo de la “Candelaria” y el lugar en donde viviría por aproximadamente tres años, al seguir al “Gran Danés” conocí el camino, lo recorrería por algún tiempo al visitar a los abuelos.

El cambio de casa tenía varias razones importantes, no solo era la preparación escolar de nosotros, mis hermanos y yo, por el momento no comprendía, tardaría varios años en darme cuenta. Por el momento era necesario conocer el rumbo de la nueva casa, la colonia se encontraba en la zona sur de Coyoacán, la llamaban “La Ruiz Cortinez” en honor al presidente Adolfo Ruiz Cortinez. Al recorrer algunas calles acompañada por mi madre, ubicaba los puntos de referencia como la iglesia, la que se encontraba frente a la escuela a la que pronto asistiría, mi madre la señaló diciendo:” ¡a ésta escuela vas a venir!”

La escuela primaria “Liberal” estaba construida sobre cimientos enclavados en rocas enormes, el edificio constaba de dos alas una orientada hacia el norte y la otra al sur, divididas por un patio en donde se realizaban las ceremonias y la entrada por grupos en orden a los salones. Al verla sentía un cierto consuelo, pero en mi interior ¡quería regresar con los abuelos!, solo se me permitió en vacaciones, la vida escolar me marcaba nuevas responsabilidades, desconocía que beneficios obtendría de ellos, el tiempo daría en su momento las respuestas.

Sin embargo extrañaba las tortillas echas por la abuela en el fogón, los frijoles de la olla con epazote, el arroz rojo cocinado en la cazuela de barro, las rajadas de chile en escabeche, las costillas de cerdo con habas tiernas en salsa verde con un poco de chile, el champurrado, el atole de harina de arroz, el café de olla ¡los mandados que yo hacía, especialmente al ir a comprar la leche al establo, porque aprendía las señales de las luces en el semáforo para los peatones, ponía atención en los colores rojo para avanzar y los automóviles se detenían, el verde indicaba alto al peatón y siga a los automóviles, el color amarillo indicaba prevención tanto para automóviles como para peatón, las luces del semáforo podían cambiar a color rojo o verde, era necesario detenerse, tener este conocimiento me permitía caminar con cuidado al cruzar las calles, cuando encontraba la luz en color amarillo y esta no cambiaba, esperaba a que la gente llegara y cruzaba con ellas, armaba la estrategia para poder cruzar.

Al llegar al establo, me detenía en la ventana que se abría por las tardes para despachar la leche, a un lado de esta se encontraba una puerta de dos hojas abierta, a través de ella podía observar hacia el interior, en donde se encontraban las vacas alineadas a cada lado de un pasillo, el establo estaba lleno de ellas, veía con curiosidad como eran alimentadas, al igual que el piso que era de cemento, éste era lavado con mangueras a presión por los trabajadores, los que se encargaban de vender la leche vestían ropa de color blanco con una gorra y botas de plástico de color negro. Los botes que contenían leche eran grandes, con un vaso de aluminio medían la cantidad de leche solicitada, la que era vertida en los recipientes a despachar.

Mi abuela me entregaba una olla de aluminio que era de uso exclusivo para la leche, esta era la que la entregaba por la ventana parándome de puntas para que me vieran y me despacharan, ahí esperaba a que me entregaran la olla, pagaba la leche y regresaba por donde había llegado, caminaba con más cuidado para no tirarla, la abuela revisaba la olla y si faltaba, decía; ¡ten cuidado para que no la derrames! Mejor dicho era para que no la regara en el camino, cuando llegaba completo el nivel de la olla ¡que satisfacción al cumplir con éxito el mandato! De lo contrario eran inminentes los señalamientos de atención para la trasportación de la leche,

ya había recibido algunos con anterioridad, me hacían sentir incomoda y molesta, me esmeraba al realizar el siguiente encargo de la abuela.

La exploración de la zona fue de donde obtuve otra enorme ventaja, porque podía observar libremente el paso de los camiones, la pavimentación de calles, la instalación de los semáforos, los tipos de personas, su manera de vestir, el perfume en especial que usaban las mujeres y que se desprendía al pasar cerca de mi, los vestidos y faldas a la altura de las rodillas, las zapatillas de tacón de aguja, el peinado realizado con crepe y fijado con laca. Ubicaba poco a poco a los vecinos del lugar cuando los veía en la calle los podía reconocer, a los hombres los veía con su peinado con vaselina como a mi primo, a éste le gustaba comprar diferentes discos, especialmente de los cantantes de moda como Alberto Vázquez, Enrique Guzmán, Angélica María. Al pasar por algunas casas en donde había fiestas escuchaba la música de Mike Laure y sus cometas, me daba cuenta que eran diferentes, pero las personas las escuchaban.

Me gustaba estar con los abuelos, porque con ellos tenía más tiempo para jugar, para explorar los alrededores, en el lugar en donde ellos vivían existían sembradíos, varios árboles de eucalipto, pirules, pasto, desde ese lugar podía observar a los campesinos cuando trabajaban la tierra. En la casa mi abuelo tenía un radio que se encontraba en un mueble de madera de caoba con puertas, lo cuidaba como un tesoro, cuando podía lo limpiaba con un paño de franela con aceite hasta dejarlo brillante con esto se protegía aún más, lo prendía por las mañanas para escuchar las noticias, por las noches escuchaba música, como él decía; “¡música de su época!” Sintonizaba estaciones de diferentes partes del mundo, comentaba las noticias con la abuela, los escuchaba con atención.

El cambio de rumbo hacia contraste con el nuevo paisaje, este era más tosco, la colonia era nueva, las calles aún no se encontraban pavimentadas, era una la zona en la que existían piedras ásperas con bordes filosos, jera un pedregall, en la zona aún existían cuevas con la fauna y flora correspondiente, algunas víboras, arañas capulina, las cactáceas como los cactus mejor conocidos como “viejitos” que semejaban la cabeza con pelo de color blanco como los de un anciano. Los árboles eran pirules, estos crecían en las piedras, sus hojas al frotarlas desprendían un aroma especial, la savia de sus ramas y hojas desprendían un líquido lechoso y pegajoso, el aroma se concentraba dando la sensación de tranquilidad al inhalarlo, después conocería que era utilizada para diferentes remedios caseros.

El agua era transportada por los conocidos “burros” o por las pipas, cuando estas escaseaban, el agua se extraía de un pozo y se acarreama, el agua de lluvia se aprovechaba al máximo, se almacenada en botes, tinas, en todo lo que la pudiera contener. El pozo era como un pequeño oasis, éste se encontraba hacia el este cerca de una barda de piedra alta, que en la parte superior tenía alambrado con púas, del otro lado se encontraban los laboratorios, una amiga me comentó que entre ellos se encontraban los de “La Pomada de la Campana” del Dr. Bell, ya conocía uno de los usos de la pomada, porque mi madrina la usaba como mascarilla para mejorar la apariencia de su cara. En los terrenos de los laboratorios el pasto estaba sembrado en una gran extensión, contrastaba con el pasto de este otro lado. Alrededor del pozo crecía el pasto entre la tierra y las piedras, éste se maltrataba por el paso de la gente que sacaba el agua, pero había agua jeso era lo importante!

El acarreo de agua en ese lugar era un modo de ganarse la vida de algunas personas los conocidos “burreros” cobraban por un viaje que consistía en dos botes de agua, cuando las pipas no surtían el agua, el precio por viaje se disparaba, al subir el precio mi madre daba la orden; “¡vamos a acarrear el agua!” Se preparaban botes y cubetas, nos dirigíamos al pozo para extraer el agua, el pozo se encontraba a unas calles de la casa, a ese lugar nos dirigíamos. En ocasiones formábamos una fila, al tocar nuestro turno, había dos opciones; una era pagar a otra persona para que la sacara o la otra consistía en extraerla por nosotros mismos. Elegida la opción, si mi madre decidía que nosotros extraeríamos el agua, se amarraba un lazo a una cubeta de aluminio revisando que tuviera un buen nudo, arrojándola hacia el fondo del pozo, moviéndola enérgicamente para captar el agua dentro de ella, después a jalar hacia arriba, este procedimiento se hacía cuantas veces fuera necesario para llenar los botes y las cubetas.

El procedimiento se podía realizar con una o dos personas a la vez, con cuidado ya que se colocaba una persona frente a la otra al arrojar la cubeta, podíamos lastimar o ser lastimados. Las veces que realice esta tarea, observaba el interior y al fondo la cantidad de agua, la característica especial era que era cristalina y las paredes del pozo eran de piedra con destellos verdes, estos se formaban por el musgo que se adhería a ellas, al hundir la cubeta se movía para dar el jalón, la maniobra permitía sentir que cantidad de agua y la profundidad del pozo. Al terminar de extraer el agua el pozo de tapaba con tablas, a nivel del piso, porque él ahí se encontraba, se daba una “cooperación voluntaria” por la extracción de el agua al encargado.

Al tener las cubetas y bote llenos regresábamos a casa con cuidado, conservando el liquido durante el trayecto lo que más se pudiera, era una pequeña aventura, pero el cansancio nadie lo quitaba, cooperaba era importante con lo que podía, tenía ventajas conversaba con otras niñas, y de alguna manera era como un juego, de esta otra manera tenía otras amigas, así podía interactuar no solo con mis nuevas amigas, también con las hermanas y hermanos de ellas, a su vez con sus padres.

En el trayecto observaba las calles en las cuáles la mayoría de las bardas de los terrenos y los cimientos de las casas eran de piedra, siendo la zona un pedregal, se aprovechaba la piedra que se sacaba al nivelar el piso en el lugar en donde se construía. La persona ó personas contratadas para realizar este trabajo utilizaban cinceles, martillos grandes llamados marros, barretas, picos, guantes de lona en ocasiones, ropa gruesa y sombreros. Podía darme cuenta cuando algún vecino decidía ampliar o construir su casa por la presencia del trabajador o trabajadores en el lugar. El trabajo era difícil y pesado, porque se tenía que calcular el tamaño del corte de las piedras, el hombre o los hombres al realizar sus actividades sudaban copiosamente, en ocasiones las personas que los contrataban les preparan jarras con agua de sabor con la que se hidrataban, en otras ocasiones les ofrecían cervezas o pulque, esto tenía razón ¿cuál era ésta?

Las cervezas ó el pulque eran bebidas alcohólicas ¡por supuesto!, pero permitían mitigar el cansancio, al relajar los músculos disminuían el dolor, las consecuencias borracheras continuas, porque al saborearlas se tomaban más de una. El trabajo bajo los rayos del sol era rudo, pesado, por eso el cobro por metro cuadrado era costoso porque valoraban el esfuerzo.

La piedra se extraía apilándose para poder después ser parte de los cimientos de la construcción a realizarse, me detenía para observar, cuando un trabajador se detenía unos



instantes para secar el sudor con el pañuelo, se quitaba los guantes de lona, así podía observar sus manos callosas, cuando se calzaba de nuevo los guantes, continuaba su labor. Observaba a otros hombres que hacían el mismo trabajo por el mismo rumbo, algunos de ellos no usaban guantes, éstos tenían ampollas, golpes o machucos en los dedos de las manos o las uñas con moretones, ellos se amarraban el pañuelo en la mano continuaban “picando piedra”

Me llamaba la atención que ellos no lloraban como yo cuando me caía, ocasionándome raspones en las rodillas o en las manos, ¡eran hombres y yo una niña!, sin más continuaba recorriendo las calles que aún se encontraban sin pavimentar, daba un panorama para mí desolador. Las casas en construcción eran más abundantes en este lugar, los montículos de arena igual, pero ya no jugaba con ella, pero aprovechaba el agua de la lluvia, observaba como nacían los ajolotes y su transformación, cuando poco a poco la cola se les desaparecía y les crecían las patas, se podían observar en sus diferentes etapas.

Los charcos de agua se formaban en las partes mas bajas de las calles, después de la lluvia, al asentarse la tierra eran cristalinos, solo se volvían turbios cuando me metía a jugar y a sacar a los ajolotes colocándolos en la mano, después los volvía a depositar en el agua en ocasiones se unían otras niñas, pero éstas eran llamadas por sus madres al igual que la mía, que al verme mojada y llena de lodo gritaba más fuerte para que regresara a casa, después de bañarme y cambiarme, por las noches dormía plácidamente.

La casa estaba ubicada en un peñasco, mi madre la adorno con botecitos y en ellos sembró plantas, los vecinos la llamaron “la casa de los botecitos” ¿Qué es una casa sin plantas? Alrededor el paisaje era gris, cuando llovía los girasoles de diferente color se expandían rápidamente. La exploración de la zona era obligada y para poder ver mejor, subía hasta lo más alto de la casa, trepaba en una silla, desde ahí dirigía la vista a todo lo que mis ojos pudieran ver, hacia el norte rumbo a la casa de los abuelos, se encontraba un edificio de piedra sobresalía de todo el lugar, después conocí su nombre era el “ Museo Diego Rivera”, en sentido contrario me detenía al chocar la vista con una montaña que se veía inmensa de color verde azulado, era la zona del volcán Ajusco. Extendía los brazos viendo hacia el norte, a lado derecho se mezclaba un a hilera verde con una línea gris, por el lado izquierdo por donde se oculta el sol era verde, era rumbo a la universidad.

En la época de lluvias, los aguaceros eran intensos con relámpagos, truenos, el viento se sentía con fuerza, la zona era rocosa, el agua al encharcarse hacia que el frio se acrecentara, la casa al ser de madera guardaba el calor, dormíamos al amparo de la noche. Al despertar mi madre tenía la casa limpia, en la cocina ya había preparado un rico y caliente atole de masa, curiosamente era yo la primera en despertar, podía observar la cocina limpia, la estufa de dos parrillas que se alimentaba de petróleo, al igual que el quinqué que al oscurecer el día se encendía, era una lámpara con mecha de algodón, el tamaño de la flama se graduaba como uno lo deseara, en la zona aún no había electricidad. No era de mi agrado limpiar el quinqué el humo se pegaba a las manos con un olor penetrante, el esfuerzo valía la pena al final del día teníamos luz-

Las noches eran oscuras con un azul celeste impresionante, permitía ver las estrellas con claridad, aunque no sabía la ubicación ni su nombre, me gustaba verlas, existían las luciérnagas

como pequeñas luces voladoras, se veían las luces lejanas de la ciudad, al dormir sentía que la noche era pequeña ¡el amanecer que diferente era!

Los remolinos eran frecuentes en ese lugar, observaba como las corrientes de aire levantaban la tierra, golpeando las piedritas el cuerpo, era necesario tapar los ojos con las manos, algunas casas de la zona tenían techado de laminas delgadas, estas eran frágiles, en ocasiones eran arrancadas cuando el remolino intensificaba su fuerza. En una ocasión presencié como arrancó las láminas de una casa cuando llegaba a casa, se veía una columna de tierra crecer conforme arrasaba con ropa láminas y lo que encontraba a su paso, ha sido el más grande que he visto a poca distancia, desde esos momentos siento respeto a esa fuerza.

El ambiente nuevo en ese lugar hacia obligado conocer a niños, niñas, vecinos, que más esperaba, ¡todo nuevo! Mis nuevos amigos jugaban conmigo pero ¡éstos eran tramposos!, perdí mi “agüita y mi trébol” ¡el pleito que se armo fue tal, que nuestras madres intervinieron! El resultado fue no jugar con los niños, grande era mi desconsuelo por la perdida de las canicas, que alguien se conmovió al verme llorar y me regalo una bolsa de ellas más pequeñas, las acepte, pero no eran las mismas que había ganado honestamente y con esfuerzo. Mi madre me convenció de jugar con las niñas, era lo conveniente para hacer amigas, ¡no hubo mayor problema!, los juegos eran más sencillos como la matatena, brincar la reata, la lotería, jugar a las escondidillas, Doña Blanca, etc.

El juego de la matatena se realizaba entre dos o tres niñas, se jugaba a nivel del piso, las niñas preferían los huesos del chabacano y el durazno, se dejaban secar para pintarse de colores, se tenía que tomar uno del color de preferencia, se impulsaba levemente hacia arriba con la misma mano se tomaba otro hueso del color diferente, este juego era de habilidad manual, la ganadora era la que obtenía el hueso que tiraba más el que tomaba, el resultado eran dos huesos, los niñas mayores lo jugaban con mayor habilidad.

La competencia de arañas, era un juego exclusivo de los niños, el ganador era aquel que soportaba que la araña le caminara sobre el brazo hasta cabeza, para esto se necesitaba una o dos arañas de cuerpo pequeño y patas largas, solo intente en una ocasión entrar en la competencia, colocándome a las arañas sobre la mano, soporte que las arañas caminaran hasta por arriba del codo, sus patas eran rasposas dejando la sensación de comezón por donde caminaban, la molestia se incremento y ¡las mate! perdí el juego, me involucre definitivamente con las niñas.

Existían otras actividades que era barrer la calle, el frente de cada casa, permitía no tener basura, pero además al estar fuera se podía observar no solo el panorama, también veía a los padres de los niños me enteraba de su oficio o profesión, por supuesto que también veía a los niños y uno que otro me llamaban la atención, en especial dos, un moreno de ojos verdes y otro de piel blanca rubio con ojos de color café claro, pestañas chinas. Me acercaba a las hermanas de ellos, porque éramos compañeras en la misma escuela a la que asistíamos, después con más familiaridad podíamos platicar un poco con cierta timidez cuando salíamos de excursión, ¡aprovechaba el tiempo!

Cuando no quería jugar con las niñas, escuchaba el radio de mi madre, le cambiaba de estación, me detenía al encontrar música clásica, ésta era mi preferida aunque no la escuchaba

con frecuencia, cuando podía bailaba a su ritmo afuera de mi casa, me concentraba en la música, daba pequeños saltos, giraba, en esos momentos parecía que estaba en un lugar diferente, al terminar la música era como regresar de otro mundo, sintiéndome extraña, al ver a mis hermanos me unía a ellos en sus juegos.

Mi madre escuchaba las novelas por las mañanas o por las noches como; “Cucho el roto” “El piolet asesino” que narra la muerte de León Trotsky, un político ruso que vivía en la zona de Coyoacán, esta novela me llamó la atención porque era diferente a las otras como; “El pistol del diablo” “Cumbres borrascosas” algunas de ellas les ponían música clásica de fondo grabándola en mi mente, al aprender a leer hacía lo mismo con las letras de los canciones de los calendarios que le regalaban a mi madre, como la letra de “Cielito lindo” “México lindo y querido” “El Carretero” “Camino Real de Colima” “El son de la negra”

“El son de la negra” retumbaba con los mariachis en una celebración de las fiestas patrias en la colonia, escuchaba embelesada; “¡Cuando me traes a mi negra que la quiero ver aquí, con su rebozo de seda que le traje de Tepic!” el bailable con los charros vestidos con traje negro con botonadura de plata, los sombreros, el movimiento de sus cuerpos ágiles al realizar los diferentes pasos, el sonido con ritmo que se producía por los tacones de las botas al golpear con fuerza la madera producía en mí una extraña ensoñación, no me quería separar de ese lugar, en esa ocasión el mariachi había cantado y tocado los instrumentos con toda el alma, los charros bailaron con el alma y corazón, así lo transmitían así lo sentí, penetraron a través de los ojos, los oídos a las profundidades de mi ser, ¡el cuerpo se estremecía!

Rememoraba cuando observaba a la pareja en la portada de un calendario pegado en la pared frente a mi cama, fijaba la mirada en un charro con traje de color café con adornos dorados, la mujer vestía blusa blanca, falda larga de color rojo con un águila en la parte central hecha de lentejuela, la pareja se veía en posición de danza. El charro con el cuerpo inclinado hacia adelante con los brazos hacia atrás, la mujer peinada con trenzas con moños de color verdes, levantando la falda con ambas manos por arriba de la cintura, los zapatos de tacón bajo de color rojo.

Me quedaba absorta observando la imagen de la pareja del calendario, aun lado de la portada se encontraban las letras de las canciones, las que leía cuando fui a la escuela, después discretamente las tarareaba; “¡El carretero se va, ya se va para Sayula! ¡El carretero no va porque le falta una mula!” Los bailables eran mi fascinación, en casa de los abuelos bailaba, podía expresar con libertad eso que sentía. La canción de “¡México lindo y querido si muero lejos de ti que digan que estoy dormido y que me traigan aquí!” Jorge Negrete la interpretaba esa era una de mis preferidas.

Me llamaba la atención que a los niños les gustaba ver televisión los programas de la televisión como el “Teatro Fantástico” de Cachirulo, “Chabelo” los amigos de mis hermanos nos invitaban a ver los programas en sus casas, los acompañaba, al poco rato me salía quedándose ellos, prefería regresar a casa me gustaba más dejar volar mi imaginación, observaba el cielo, las figuras de las nubes, recordando las canciones de cuna que mi madre cantaba para arrullar a mi hermana pequeña, me gustaba ver cuando la expresión de mi madre cambiaba, la voz era dulce suave, mi hermana al escucharla fijaba los ojos en los de mi madre,

movía brazos y piernas, poco a poco se quedaba dormida en los brazos de ella; “¿Señora Santana porque llora el niño?!”

Llego el momento de ir a la escuela, niños por todas partes, desconocidos que extraña me sentí!, me consolaba recordar que mi madre iría por mi, la escuela no se encontraba lejos de casa, por lo que yo sola aprendería a regresar por mi misma, así lo hice, recordando bien la ruta de regreso, después me aventure a conocer otras, la recomendación de mi madre era que me fijara en la tienda de la esquina, en la casa recién pintada hecha de madera me daba los puntos de referencia para que no me fuera a perder, también fijaba mis propias referencias, observando las casas de los niños que eran vecinos, así pude conocer a sus padres, fui adquiriendo confianza, para ir y regresar de casa a la escuela por mi misma.

Un día al terminar las clases, ya de regreso a casa observaba a una anciana con el cuerpo encorvado, caminaba con dificultad, su piel era rugosa y quemada por el sol, su ropa limpia peinada con trenzas, con una bolsa de mandado pequeña, ella se dio cuenta que la miraba fijamente. En una ocasión le ayude a cargar su bolsa, permitiendo ella que entrara a su casa, desde la puerta podía observar que era solo un cuarto el lugar en donde vivía, hecho de material con láminas, era oscuro con una ventana pequeña que se encontraba cerrada, en el interior había una cama, una mesa con un quinqué, una estufa de petróleo, en una esquina tenía colgada la ropa. La señora se encontraba sola, ella me recompensó con un plátano, al salir de su casa quede sumamente impresionada, la anciana estaba sola, en un estado diferente a mi abuela Elena.

Le comente a mi madre como había conocido a esa anciana, esta sugirió que la ayudase cuando la viera. La vi en varias ocasiones cuando compraba en las tiendas en las que realizaba los encargos de mi madre, paso un tiempo no la volvía a ver, coincidió con la muerte de un anciano indigente en un terreno baldío, en la esquina frente a la tienda de Don Cleofás, quise verlo pero no me dejaron acercarme otras personas, quede más que pensativa uniendo estos dos hechos vejez y muerte.

La realidad llamaba en ese tiempo para dejar transcurrir el primer año de la escuela primaria, en la que aprendí a leer y a escribir, pero las sumas y restas no eran lo mío, la maestra se fue a mitad de año sin avisarnos. Llegaron a la escuela maestros practicantes, en nuestro grupo se presentaron dos jóvenes maestros, con ellos aprendí a sumar y a restar, nos estimulaban obsequiándonos lápices y cuadernos de ejercicios ortográficos, al alumno que leía respetando los puntos y comas. Me gustaba leer así como los dictados de ortografía, ganando los apreciados cuadernos de ejercicios ortográficos. En la hora del recreo nos proporcionaban los desayunos, que contenían leche con chocolate, un sándwich, fruta o barra de cacahuete, con eso quedaba satisfecha.

La maestra que no recuerdo su nombre regreso pasado un tiempo, los maestros practicantes se fueron, sentí ese cambio pero me sentía tranquila con valor para enfrentar a la maestra, ésta al revisar las tareas en mis cuadernos le llamaba la atención las nuevas calificaciones en los ejercicios de sumas y restas, éstas cambiaron de “x” del tamaño de la hoja del cuaderno a ocho y nueve, a su vez al realizar los ejercicios de lectura y ortografía el progreso era notable, por lo que sentía satisfacción y confianza al mostrarle mis cuadernos para ser calificados por ella, ¡ya no recibiría llamadas de atención de mi madre por la “x”!, el resto del

primer año transcurrió sin dificultad alguna, sintiéndome segura, esto ayudaba a concentrarme en realizar las tareas sin mayores obstáculos.

El asistir a la escuela me gusto, cuando enfermaba de gripe me presentaba, no me gustaba faltar, cuando era tiempo de vacaciones deseaba regresar lo más rápido, quería aprender un poco más, mis amigas me decían; “¡cruza los dedos para que rápido se cumplan tus deseos!”, así lo decían porque a ellas no les gustaba ir a la escuela. Cruzaba los dedos de las manos incluyendo los de los pies, ¡pero no pasaba nada!, esta actitud llamaba la atención de mi madre que preguntaba el porqué de cruzar los dedos de los pies, se sonreía diciendo; ¡con calma después que estés en la escuela ya no te cruzaras los dedos ni de las manos!

El segundo año fue más fácil, escribía y leía sin ninguna dificultad, se incrementaron las sumas y restas, las tablas de multiplicar, divisiones y los quebrados, las resolvía con facilidad. En este año las visitas a los abuelos eran solo en vacaciones o fines de semana, su casa se encontraba a unos treinta minutos aproximadamente caminando de mi casa a la suya rumbo al norte, el transporte público era escaso tardaba más de quince minutos en pasar para abordarlo, más otros tantos para llegar a la parada destinada para bajar para tomar el rumbo de la casa de los abuelos, el tiempo calculado era más del doble por lo que decidíamos mis hermanos y yo caminar, mis padres aceptaban enfatizando: “¡no vamos hacer paradas hasta llegar a casa de los abuelos! Quedando en silencio nos dirigíamos rumbo al “el ojo de agua”, que poco a poco se secaba, la vegetación antes abundante y verde brillante, se tornaba opaca, lentamente desaparecía, el sendero ya solo era de piedra.

Después de visitar a los abuelos en ocasiones el regreso era en sentido contrario, es decir se salía de la colonia por la calzada de División del Norte por la zona de los laboratorios, se podía caminar o tomar el transporte público, se podía admirar las áreas verdes y las fuentes que adornaban la entrada a estas construcciones modernas, pero lo que más me gustaba era la compañía de mi padre, eran pocas las ocasiones en las que podíamos estar juntos así que disfrutaba.

Observaba como las calles de la zona donde vivía se transformaban lentamente, con la instalación de los postes de luz y el cableado, el uso del quinqué y velas para alumbrar en las noches, fueron cambiando por focos poco a poco. Al enviarme mi madre a comprar algunos encargos para la comida, me indicaba en que tienda los podía comprar, me tardaba, la ventaja era que me enteraba, al escuchar los comentarios de los tenderos, que contaban con televisión en sus tiendas, los juegos olímpicos estaban en su apogeo, ¡la admiración era la constitución física de los atletas!

Un día en la tienda de la esquina opuesta a mi casa, el tendero explicaba animado a las personas que se encontraban ahí, decía; ¡son altos, de uno ochenta y dos metros! ¡Las mujeres tienen las piernas largas! ¡Hay de color y blancos!, él señalaba su pierna levantándola, exclamando ¡vean las mías! Si, le vi las piernas, dirigí la mirada a mi silueta que se reflejaba en el cristal de su refrigerador, yo no llegaba ni a la mitad de las piernas de él, para que me escuchara y se diera cuenta que ahí estaba, me subía a una caja de madera que servía como escalón, al verme preguntaba que quería, me despachaba para que me fuera rápido, y él seguía comentando emocionado. ¡Eran los juegos olímpicos! Antes de salir pude observar en su televisión que estaba sobre un esquinero un juego de voleibol con jugadores de piel de color

negro, no vi el tamaño, me esforcé lo que más pude parándome de puntitas, pero hasta ahí llegaba.

El comentario de tendero me dejó con inquietud y me preguntaba ¿qué eran los juegos olímpicos?, por el momento ya me había tardado en hacer la compra de los encargos, regresar a casa era lo importante o tendría consecuencias. El tiempo de juegos para mí era cada vez menor, ya tenía una hermana recién nacida, implicaba otro cambio, a ella la vi crecer como a la vez yo continuaba mi transformación, el apoyo con las tareas de la casa se hicieron más señaladas, al igual que el apoyo en el cuidado de mis hermanos menores, que por un lado me mantenían ocupada haciendo que me sintiera por una parte bien, pero por el otro ya no podía jugar, más las tareas de la escuela, ¡era la primera de las mujeres, ya tenía asignada mi responsabilidad!

El Señor Cleofás era otro tendero que vendía dulces, este vivía un poco en dirección hacia el sur de donde se encontraba mi casa, era al que más le compraba, éste señor era amable, tenía dos hijas una de ellas estudiaba ballet, en el patio de su casa ella se ponía a dar saltos, cuando me veía me enseñaba los ejercicios para las piernas, daba a su vez las instrucciones de como brincar, la observaba, pero mejor pedía mis dulces para retirarme, antes de hacerlo, el Señor Cleofás me obsequiaba más dulces de los que había pedido, regresando a casa más que feliz.

Cuando mi madre se daba cuenta de mi tardanza después de realizar algún mandado, me llamaba con voz fuerte, intuía que había ido a la tienda de la esquina y no se equivocaba, porque al hacer los mandados tenía otra ventaja, guardaba unas monedas del cambio que quedaba, así podía disponer de ese dinero “extra” lo iba a gastar en dulces, de alguna manera obtenía mis propios recursos para darle gusto al paladar, ya lo había ganado, ¡era lo justo!

Durante el tercer año tanto las actividades escolares en la escuela se incrementaron, para darnos un respiro en ocasiones los profesores organizaban la proyección de películas de dibujos animados, reunían a uno o dos grupos, se colocaban cortinas de color negro para poder ver mejor las imágenes, la función de cine se realizaba al final de clases por lo que salíamos un poco más tarde, la escuela se encontraba ya casi desierta, el día lucía diferente, caminaba, mejor dicho corría, presentía las consecuencias de mi tardanza, pero de alguna manera alguien había enterado a mi madre del evento ese día. Al llegar a casa ya estaba la comida caliente, ¡respiraba aliviada!

En realidad la proyección de la película no fue de mi agrado, por el calor casi asfixiante al cerrarse la puerta del salón, las cortinas se cayeron en varias ocasiones cuando los niños las jalaban, la película se cortó varias veces, el color era opaco, los niños gritaban inquietos el sonido de la película se anulaba, al ser llamada la maestra a la dirección, se quedó solo el señor que manejaba el proyector volviéndose un desorden incontrolable, los niños se salieron del salón ¡fue un caos!

Los padres de familia se quejaron, la proyección de películas se suspendió, cambiaron a los maestros, los niños fueron repartidos en otros grupos, todos fuimos llamados al orden. Como consecuencia se incrementaron los ejercicios al aire libre, el año transcurrió con más tareas. Al buscar el material que pedían para ilustrar los trabajos, recorría con mayor seguridad la colonia,

llegando en varias ocasiones hasta el “Museo Diego Rivera”, incluso hasta la calzada de Tlalpan y el mercado de la colonia “El Reloj” la distancia en realidad era corta, pero para mí eran sitios lejanos. Al poder caminar por esas calles experimentaba el sentimiento de ser más grande.

Ese año se realizó una visita al Castillo de Chapultepec reglamentario era llevar cantimplora con agua, torta y fruta, después de visitar el castillo se haría un descanso, fue salir de la rutina de la escuela, el tiempo parecía transcurrir de manera diferente y lo era, observaba las pinturas de Maximiliano y Carlota en los cuadros, el paisaje hacia abajo, la voz del maestro me mantenía atenta para seguir las instrucciones, hasta que por fin llegamos al bosque a descansar bajo la sombra de un árbol, para degustar nuestra torta, ¡que deliciosa estaba el agua de limón refrescaba!, mitigaba la sed después de subir y bajar las escaleras, el calor aumentaba ya era cerca del mediodía. Esa ocasión nos formaron por parejas uno cuidaba del otro tomados de la mano, así lo hicimos, ¡al regreso niños completos!

En casa las palabras no se terminaban para explicar esa salida, me sentía feliz en casa, permanecí atenta a los puntos de referencia no me olvidaba de la montaña rusa, de los pasos a desnivel, de la calzada de quién sabe que nombre, veía el sol con cierta inquietud para regresar. La escuela que extraña se veía sin alumnos, el viaje de regreso se retrasó por una hora, finalmente mi madre me esperaba, ella sabía que podía llegar un poco más tarde. En esta experiencia descubrí no solo el contenido histórico, también descubrí que existía algo más allá de casa.

Cuando en ocasiones mi padre descansaba lo acompañaba a la panadería que se encontraba cerca de la calzada de Tlalpan, le comentaba orgullosa las nuevas rutas que descubría para dirigirme a la casa y lo que en ellas encontraba, él se sorprendía completando que tuviera atención con los camiones al cruzar las calles, caminaba feliz a su lado, lo demás ¡que me importaba!

Al crecer cada uno de los miembros de mi familia, crecían cada vez las necesidades económicas, mi madre apoyaba para satisfacerlas con lo que podía, lavando, planchando, sin embargo los gastos crecían. Mi padre lo sabía, buscó otro trabajo que le permitiera satisfacer lo necesario incluyendo casa, logro ser contratado como velador en una encuadernación, de esto si recuerdo que nos dio el aviso porque había obtenido su inscripción al Seguro Social, le solicitaban documentos de cada uno de nosotros, de esta manera era probable un cambio de domicilio. Mi padre se encontraba feliz porque tendría un salario y prestaciones, indudablemente ganó varios beneficios para él y nosotros.

La atención médica estaba segura para la familia, la clínica del seguro social se encontraba cerca de la escuela a donde asistiría, el servicio de urgencias funcionaba toda la noche, la atención que se nos proporcionó cuando se necesitó fue de gran apoyo e influyó de manera importante en la decisión en la elección de una profesión tiempo más tarde.

El trabajo de mi padre requería de manera definitiva tiempo completo, por lo que la familia se trasladaría al lugar donde prestaría sus servicios por lo que era necesario ¡otro cambio de domicilio, otra escuela!, ¡todo de nuevo otra vez, la idea no me agradaba!, la decisión ya estaba tomada, al terminar el tercer año en el periodo de vacaciones todo se realizaría, la encargada era mi madre y los hijos más grandes a apoyar con lo que se pudiera. ¡A trabajar!

El tiempo marcaba la hora de partir, la mudanza se realizó un día por la mañana temprano, el rumbo hacia el sur era totalmente desconocido, el trayecto lento, el silencio hacia el ambiente pesado, sentía inquietud e incertidumbre, estaba en compañía de mi familia, ¡eso me tranquilizaba!

## NUEVO HORIZONTE

El día era soleado al realizar la mudanza, el cielo despejado permitía observar al girar la cabeza hacia la derecha e izquierda, hacia los cuatro puntos cardinales. Era un lugar



desconocido al que llegábamos, con escasos habitantes. Era una hacienda en proceso de urbanización, ¡de nuevo todo diferente! El tránsito por la calzada de Tlalpan en ambos sentidos era continuo, a mitad de ella se encontraban las vías del tren, las que se me hacían familiares, continuaba observando en silencio.

En la entrada de la hacienda existía un pequeño puesto de vigilancia, una base de los llamados “peseros” pasaba un viejo camión de transporte público procedente del centro de la ciudad, se encontraba la conocida Preparatoria No 5 “José Vasconcelos” se leía en la parte frontal de la escuela, existían zanjas, canales de riego, campos de cultivo diversos, y otras pequeñas calzadas, que interconectaban con Xochimilco en diferentes partes, al final de la calzada del Hueso, se encontraba el “Canal de Cuemanco” existía paso directo a través de una lancha, hacia una de las calles que se dirigían a la zona centro de Xochimilco, esta última la conocería poco tiempo después.

El nuevo hogar que se encontraba a un lado del taller de encuadernación, estaba ubicado una casa con una cocina pequeña pintada de color blanco, recién construida por mi padre enfrente un jardín amplio y por la parte trasera una parte del llamado “rancho” como límite se encontraba la zanja de más de metro y medio de ancho. Para llegar a casa se caminaba por la calle “El Mirador” aproximadamente un kilómetro de la calzada del Hueso hacia adentro, existían ya algunas casas, fábricas, almacenes de maquinaria pesada, granjas y vacas libres, así era el camino por donde pasaría por varios años.

Mi padre tan pronto llegamos a la nueva casa en “El Mirador”, dio aviso a su patrón, el Sr. Jesús. Presentando a cada uno de nosotros, dándonos éste la bienvenida, acto seguido se retiró por la puerta del jardín rumbo al taller de la encuadernación, después nos darían las reglas para vivir en esa casa. La exploración visual no se daba por concluida, la lejanía se compensaba con todo lo que ya existía y lo que faltaba por descubrir, la curiosidad y admiración no solo era mía, mis hermanos compartían estos sentimientos, poco a poco nos adaptaríamos a las condiciones del lugar.

EL Sr. Jesús era un hombre alto delgado de edad madura amable, tenía seis hijos, era el propietario de la encuadernación, en su tiempo libre le gustaba comprar plantas y árboles para su jardín de el taller, que contaba con un pequeño invernadero, era aficionado a la fotografía, mi padre aprendió con él especializándose en el arte de la jardinería, ahí en ese lugar.

La hacienda estaba ubicada casi al final de la calzada del Hueso, a su alrededor existían algunas casas pequeñas de los trabajadores, se encontraba otra parte central conocida como el rancho, en este lugar vivían los familiares de los campesinos encargados de las labores de riego y concentración de la cosecha, asimismo de la guarda y custodia del equipo pesado como tractores, arados, y camiones, aves de corral más las fieles mascotas, ¡los perros!

En el rancho se encontraban las bombas y una cisterna enorme en donde se conectaba el sistema de riego, esto permitía bombear el agua a distancia por los canales, el excedente se iba a las zanjas, esta zona estaba en desnivel con el borde del canal de Cuemanco, en la parte más baja se formaba una laguna, en la que paraban diferentes aves, como las garzas, algunos patos de plumaje verde azulado, cuando abrevaban se podían observar, los zopilotes se distinguían por volar en círculos.

Los zopilotes eran aves de rapiña de color negro, volaban en círculos porque ya tenían alguna presa en la mira, los campesinos decían; “¡algún animal ya se murió!” Contaban a sus animales, para ver si éstos estaban completos, si la presencia de los zopilotes persistía, iban a revisar, era tener un alerta natural. Era frecuente verlos volar en el campo.

El campo se veía impresionante por la cantidad de vacas, las conocía al ir al establo a comprar la leche en casa de los abuelos en la “Candelaria”, ¡en ese lugar se contaban por docenas!, libres algunas, otras en el cerco del que llamaban corral, se veían algunos caballos para trabajo. En la zona del rancho las aves de corral se veían como; gallinas con sus polluelos, guajolotas, los guajolotes al esponjar sus plumas ayudaban a los perros a cuidar el rancho, lo mismo ocurría con los gansos, agitaban sus alas extendían el pico y el graznar era fuerte y escandaloso, ¡trabajo de equipo!

Los límites de la hacienda eran en parte las zanjas, las calles de terracería, los canales, la mirada se perdía alrededor por la lejanía, me detenía para observar por donde salía el sol por el rumbo al bordo del Canal de Cuemanco, en donde se veía al final una larga hilera de arboles, levantando la mirada hacia el horizonte se observaban majestuosos los volcanes del Iztaccihuatl y el Popocatepetl cubiertos de nieve. Al girar hacia el norte se podía admirar el Cerro de la Estrella. Al voltear en dirección por donde el sol se ocultaba se veía otra hilera de árboles escasos que indicaban la calzada del Hueso más una línea verde que indicaban los sembradíos. Giraba de nuevo viendo hacia el sur se encontraba una hilera de arboles más tupida era la que lindaba con Xochimilco.

El tractor hacia su recorrido en la calzada del Hueso de manera lenta, sin prisa, el viejo chofer era acompañado por un perro, el chofer saludaba moviendo la mano, así el conocía a las personas y de alguna manera informaba a los otros trabajadores como a familiares de la llegada de “los nuevos” que pasaríamos a ser parte de la comunidad.

La carreta transportaba alfalfa era tirada por un viejo caballo, el campesino que la dirigía en ocasiones nos daba un “aventón” al igual que el chofer del tractor, la diferencia entre uno y el otro era la velocidad, este campesino parecía no tener prisa, el caballo menos, iba a trote despacio con movimientos pausados hasta llegar al destino, al bajar quedaba la sensación de ese bamboleo.

Al cruzar los arcos que se encontraba cerca de la entrada y frente a las básculas se encontraba un edificio de dos pisos, en donde se elaboraban chiles en escabeche, el aroma inconfundible nos abría el apetito poco tiempo nos duro el gusto, la fábrica de chiles sería de las primeras en emigrar.

Tanto en la entrada de la hacienda cerca de la caseta de vigilancia como en el rancho existían básculas para pesar toneladas, se pesaba al camión incluyendo la carga. Ya con anterioridad el camión era pesado pero vacío, después se restaba el peso del camión para calcular el peso de la carga, la hacienda utilizaba la tecnología existente, sin embargo pronto se convertiría en la “ex hacienda “sí la “Ex hacienda de Coapa”

La casa en la viviríamos por algunos años fue construida con material resistente al salitre, la cocina tenía ahora estufa de gas, se contaba con agua entubada, se almacenaba en una cisterna

y se conectaba con una bomba para subir al tinaco para poder distribuirla a las instalaciones, el teléfono que se encontraba en la oficina para usarlo en caso necesario previa autorización de la secretaria, maestro del taller o del propio dueño. En este lugar se contaba con los servicios de agua, gas, luz eléctrica, teléfono, drenaje, transporte público. Alrededor existía el campo para admirar y disfrutar, por la distancia se tenía que caminar de la calzada del Hueso hacia adentro un kilometro por la calle aproximadamente, obteníamos beneficios por otro lado, ¡nada es gratis, todo tiene un costo!

El taller contaba con maquinaria pesada y especializada como prensas eléctricas, prensas manuales, guillotinas, cosedora industrial, mesas largas para trabajo, tabloneros en los que acomodaban las pilas de paquetes para poder ser transportados, engomados de papel y químicos para pegar las portadas, papel oro, imprentas con diferentes tipos de letras, papel para la encuadernación de diferentes tipos de libros, papel para la elaboración de los paquetes, hilo para coser, tijeras, camioneta de transporte etc.

El jardín del taller era más pequeño que el de la parte externa, existía un pequeño invernadero por el pasillo central, los pasillos laterales se encontraban sembrados por hileras de lirios de diferente color, se encontraban algunos árboles como eucalipto y otras variedades, el pasto era como una alfombra, al pisarlo los pies se hundían con suavidad, esta área del jardín me agradaba.

Existían algunos árboles lejanos, la tierra era rica en salitre, se cultivaban varios tipos de vegetales, en varias ocasiones se nos permito entrar a cortar quelites, remolacha, elotes, el capataz de la hacienda lo autorizaba, ¡este señor era el clásico español!, de tez blanca con barba abundante, pelo rubio, ojos azules, de edad madura, vestía de mezclilla chamarra de color beige, botas negras, supervisaba a los trabajadores y a las obras de riego en su camioneta acompañado por un perro pastor alemán, los campesinos y trabajadores lo llamaban “El español”

“El español” supervisaba los surcos hechos por el arado acompañado por su perro, un pastor alemán, además de la escopeta cargada, esta era inseparable de él, cuando caminaba dentro del sembradío que se encontraba cerca de casa, se le podía observar sin dificultad; un disparo era de advertencia para los intrusos que se atrevían a robarse la cosecha por costales, en especial los elotes. Afortunadamente no escuche disparo alguno al menos cerca de casa.

Algunas granjas quedaban por la zona, el estiércol que producían los pollos, era de olor desagradable y penetrante, afortunadamente fueron las primeras en emigrar, dándome cuenta cuando se fueron por los camiones y las jaulas en que cargaron a los pollos, las granjas quedaron vacías, el silencio era la respuesta, la compra del blanquillo se haría en la tienda, los pollos en el mercado o en la pollería sin más.

La vida continuaba experimentando el clima, la temporada de lluvias se encontraba en su apogeo, el agua de la lluvia tardaba en absorberse, en la noche formaba un gran espejo, reflejando la luz de la luna, al día siguiente el agua desaparecía, dejando la tierra húmeda, el lodo era normal. En algunas zonas se formaban pequeños encharcamientos, cuando se pisaban por accidente, semejava un pantano. Las zanjas se llenaban y en ocasiones estas se desbordaban, la lluvia surtía efecto en la tierra, con la proliferación de las plantas silvestres,

también de la fauna del lugar, como las víboras de agua, las ranas, sapos, grillos, las tuzas, topos, los patos y gansos era más frecuente verlos en la laguna y otros despistados en las zanjas o alimentándose en los sembradíos.

Las tuzas y los topos, abundaban en el jardín exterior, se caracterizaban por hacer hoyos con pequeños montículos de tierra, al observarlos por algún tiempo se distinguían por los ojos, las tuzas tenían los ojos abiertos, los topos los tenían cerrados, mi padre comento que estos eran ciegos, estas dos especies cavaban túneles en el jardín, al llegar a vivir a esta zona eran abundantes, después fueron desapareciendo cuando se incremento el proceso de urbanización.

Llego el invierno extremo, hacia que experimentara frio intenso en manos y pies, el café caliente se enfriaba con rapidez al igual que la comida, por la noche era la misma intensidad de frio, me costo trabajo adaptarme a esta época del año. Mi padre prendía pequeñas fogatas, en ocasiones en la mañana o por la noche para calentarnos la neblina espesa, era otro espectáculo natural, como un paisaje londinense.

La niebla hacia acto de presencia por las mañanas en el amanecer ¡no se podía ver ni a unos metros de distancia!, las siluetas semejaban sombras, la humedad, el frio favorecían su presencia produciendo un panorama de color blanco. Era como si las nubes estuvieran en contacto con la tierra, se desvanecía con lentitud al ir avanzando la mañana, haciendo que los rayos del sol apenas calentaran. Las heladas frecuentes cristalizaban la superficie del agua contenida en cubetas o en la superficie de las zanjas, el pasto con la “helada” se quemaba panorama hermoso pero frío.

En ese primer invierno nevó, ¡no conocíamos la nieve!, mi padre emocionado corrió avisarnos, despertamos, por la ventana podía ver caer los copos de nieve que eran como si fueran pequeños pedacitos de algodón, mi padre regreso al jardín tomo algunos de ellos los coloco en su manos, mostrándolos a su vez que decía; “¡vean son copos de nieve, está nevando!”

Los copos de nieve al irse acumulando formaban un manto blanco, al ir saliendo el sol paulatinamente la nieve se derretían, era un espectáculo natural para nosotros novedoso que pocas veces volveríamos a ver. Al salir de casa disfrutaba el panorama, el manto se extendía más allá del jardín, algunos autos llevaban en el toldo muñequitos de nieve, con una gorra o bufanda, los trabajadores que se presentaban a laborar en la encuadernación se encontraban felices comentando el suceso, incluso hasta los choferes de los peseros, ¡era un festejo!, ¡era todo un espectáculo natural! El Sr. Jesús y mi padre no perdieron la oportunidad de salir a tomar fotografías, tiempo después las mostrarían.

En el invierno predominaba el clima extremo, frío por la mañana y noche, calor quemante al mediodía. Me llamaba la atención la cantidad de ropa que los campesinos usaban, las mujeres solo se abrigan con ¡un rebozo y su suéter!, ¡los hombres solo la chamarra! mis padres se arropaban un poco más en esta época, en especial mi madre, la que se dirigía apresurada a la cocina a calentar el agua para el café, el desayuno, preparar el almuerzo la comida, a nosotros los hijos nos permitía dormir un poco más tarde, hasta que el sol saliera.

En primavera el calor era extenuante, se combinaba con los olores del estiércol que era regado para abonar la tierra, observaba al tractor recorrer tranquilamente un lado, después el oro, ir y regresar hasta ya entrada la tarde. Al medio día el calor se incrementaba, emanaba de la tierra el aroma del estiércol, el viento lo ayudaba a difundir, las moscas proliferaban, las semillas se sembraban, curiosos observábamos mis hermanos y yo. Mi madre nos informaba sobre el tipo de cosecha que se daría, saciada la curiosidad, solo era tiempo de esperar. Los trabajadores abrían la compuerta de la cisterna central del rancho, el chorro de agua impresionante, fluyendo con fuerza hacia que los canales se llenaran inundando los surcos con el agua, esta era limpia, cuando esto sucedía los niños que vivían en el rancho aprovechaban para darse un remojón con chapuzón.

El agua que llegaba a las zanjas tenía esa característica de limpieza y transparencia, así que después los otros niños de este otro lado de la zanja también disfrutábamos de ese remojón, mis hermanos y yo nos metíamos al agua, y si disfrutábamos de la que llamábamos alberca natural. Al pasar el tiempo cuando se dejaba de regar los sembradíos y el agua se estancaba se formaba el llamado "chichicastle" que servía de alimento a los patos y gansos. El chichicastle era como el confeti de papel que se utiliza en las fiestas, este era natural de color verde brillante con una pequeña raíz, cuando lo sacaba del agua se veía como un hilo delgado, ¡en fin los patos y los gansos se lo comían!

Los lirios acuáticos hacían acto de presencia al estar más tiempo el agua estancada, proliferaban al volverse el agua más oscura, al sacarlos y ponerles agua limpia se morían, la naturaleza es sabia y así los dejábamos, el panorama conservaba el color verde menos brillante pero verde, daba el toque especial a los canales, ¡era color distintivo, cuando algunos lirios se desprendían, era el toque especial! Porque permitía dejar volar la imaginación.

El verano era tiempo combinado, calor, lluvia por la tarde y noche, dejando amaneceres con el cielo de color azul celeste así se podían ver las estrellas, en este lugar se veían con claridad, daban la impresión de estar un poco lejanas, el sol las desplazaba, para ver la tierra explosiva de verdor por la abundante vegetación de todo tipo de hierbas, en este tipo de tierra se daba la conocida "ortiga" aprendí que ésta, al estar en contacto con la piel producía comezón en toda la región de contacto y se extendía al rascarse, la piel se lesionaba teniendo el riesgo de infectarse, ¡la experiencia es sabia consejera!

La ortiga se confundía entre la hierba, crecía en los matorrales, el pasto de la zona era grueso al tocar las hojas se sentían ásperas, producían leve comezón mucho menos que la ortiga, la ropa a usar era de preferencia blusa o camisa con mangas largas, pantalones, para evitar el contacto con estos, la tierra tenía efecto similar al pasto y ortiga, las precauciones eran más señaladas para evitar algún tipo de problema en la piel.

El conocimiento de algunas plantas y de algunas hierbas se hizo necesario, el nombre de algunas plantas los conocería conforme mi madre me las enseñara o por los tés que preparaba, algunos de ellos al arrancar las hojas de la planta, como el epazote para dar sabor a la comida, a los frijoles, la flor de manzanilla para el té. Algunas plantas al dar el fruto las reconocía de inmediato, como el jitomate, tomate, la planta del maíz, los quelites, éstos al cosecharlos en el terreno de enfrente cruzando la zanja, es decir, ¡la cosecha era del rancho, de las plantas que por acción del viento y de la propia tierra se daba!

Existían diversidad de plantas y de hierbas, por el momento me conformaba con conocer las de más utilidad, ya fuera sembradas en macetas o las cercanas a la casa, los árboles en el jardín del taller daban algunos frutos, como el naranjo, limones. Había otras que se encontraban internándose en el campo, conocer las más usuales era suficiente, quedándome satisfecha la curiosidad.

Cuando llegaba el tiempo de cosecha, deleitábamos el paladar con los platillos sencillos que preparaba mi madre, los quelites al vapor sazonados después con cebolla, bañados de salsa verde en una tortilla caliente acompañados por un bistec asado ¡una exquisitez, los elotes asados o cocidos con sal y limón! Saciada el hambre tanto de mis hermanos como la mía, dormíamos satisfechos. ¡Si, la tierra proveía!

En ocasiones la leche se compraba en el rancho ó la llevaban hasta el domicilio los campesinos, era transportada en los clásicos botes lecheros, la leche al hervirla formaba una capa amarilla, la que se utilizaba con un poco de azúcar y se untaba en el pan partido por la mitad, ¡a degustar acompañando una taza de café, café con leche, o un delicioso atole! No dejaba de sentir una cierta nostalgia porque recordaba cuando compraba la leche en casa de los abuelos, ¡en fin el tiempo cambia!

Los campesinos conocían el cambio de estación, ellos sabían que podían cosechar y el tiempo para cada tipo de siembra, al terminar un ciclo se preparaban para el cambio de estación, esta vez era para el otoño, el frío se incrementaba, la obscuridad en la noche impresionante, el cambio de temperatura se empezaba a sentir, el viento frío pegaba en la cara, en las manos, los escasos árboles empezaron a tirar hojas, la tierra se empezó a secar, formado una especie de cáscara que al amanecer aparecía con una ligera coloración blanquecina, a esto los campesinos lo llamaban salitre, sin embargo como niños mis hermanos y yo a brincar sobre la tierra ¡a tronar el chicharrón!

La formación de la capa de salitre se acentuaba en tiempo de heladas, permitiendo que la tierra se mantuviera húmeda en el tiempo de invierno, las plantas sembradas por mi padre, algunas se adaptaban otras se morían, era la razón por lo que se sembraba el pasto, éste evitaba que la tierra al secarse con el viento se esparciera, al estar en esta época el pasto seco eran frecuentes que se originaran los incendios, si alguien tiraba un cigarro o prendía una fogata sin cuidado. Los incendios eran más frecuentes en la primavera, se extendían con facilidad, el humo era intenso existía la necesidad urgente de apagar el fuego, se recurría a los bomberos, porque podía afectar a los habitantes de las casas en el área, las casas aunque escasas corrían riesgo.

El tiempo continuaba su paso con lentitud, observaba como mi padre preparaba la tierra de hoja, para sembrar las semillas en el invernadero, al nacer las plantas esperarían el momento oportuno para ser trasplantadas, en lo que crecían tanto mi padre como el Sr. Jesús compraban diferentes tipos de arboles pequeños con macetas especiales. En una ocasión trabajaban en el invernadero, los observaba acercándome con lentitud les pregunte que eran, ambos sonrientes dijeron; “¡Son Bonsáis!” “¡Los vamos a preparar para una exposición!” Ambos continuaron ensimismados en su trabajo, en apariencia mi persona paso por desapercibida.

El Sr. Jesús y mi padre pasaban largos periodos de tiempo ensimismados en el trabajo con sus árboles, el tiempo parecía no importarles, esto me dejaba intrigada dejándome

pensando, ¿cuándo van a terminar? Dando la vuelta para regresar a casa, me detuve al ver la mesa de trabajo observe que tenía alambre, pinzas, macetas, etiquetas metálicas, fertilizantes, guantes, revistas de lirios y de árboles pequeños. Antes de salir del pequeño invernadero del jardín del taller escuche al Señor Jesús dirigirse a mi padre diciendo;” ¡a estos árboles se les corta la raíz, se amarran las ramas con alambre para darles forma, se colocan con un poco de tierra en las macetas!” Se referiría a las macetas especiales de cerámica para esos tipos de árboles, para que desarrollaran las características requeridas. La respuesta era completa, de nuevo me preguntaba ¿cuando van a terminar? Solo ellos sabían.

Tiempo después el invernadero fue visitado por varios japoneses, mi padre se encontraba contento, uno de los árboles había ganado el premio principal en la exposición, a ese árbol lo regaba con más cuidado, después el jardín se fue llenado con diferentes trasplantes de lirio con etiqueta y otro tipo de plantas abundando las tuberosas, éstas eran delicadas por el tipo de cuidados que requerían, las flores que producían eran de color llamativo abundaban las de color amarillo. Transcurrió un poco más de tiempo, encontré piedras como macetas con arboles pequeños, mi padre me decía; “¡estos arbolitos son como los que crecen en ciudad universitaria!” eran árboles que crecían en las rocas, recordaba a los pirules que también crecían en las rocas, pero éstos eran diferentes.

Me llamaba la atención las cosas que mi padre hacía, en especial en los experimentos con las plantas, el Sr. Jesús le daba las instrucciones del trabajo que tenía que hacer, él sabía cortar el pasto y arreglar el jardín, con el patrón aprendió a ser un jardinero especializado. Lo observaba por la ventana de la cocina que estaba enfrente al jardín a diferentes horas del día cuando preparaba la tierra de hoja, la colaba para después colocarla en un almacigo o caja de madera en donde sembraba las semillas, les daba un espacio para que estas crecieran con libertad, en un determinado tiempo para poder ser trasplantadas a las macetas previa identificación con etiqueta, realmente veía como disfrutaba esos momentos. Pero no solo observaba a mi padre, también al Sr. Jesús, a los dos, ¡como se reían al estar trabajando!, ¡es decir se divertían!

Dentro del taller se encontraba la oficina en la que llevaba el control de los trabajadores, la recepción y administración, en el extremo opuesto se encontraba el cuarto oscuro, se llamaba así porque en ese lugar se revelaban las fotografías y se guardaba el equipo para tal fin, el Sr. Jesús al estar revelando no permitía la entrada a nadie excepto a mi padre, que era quién lo acompañaba en ocasiones a diferentes lados para este trabajo. Las fotografías eran tomadas en el momento preciso tanto de los paisajes, como de las personas realizando actividades cotidianas.

En invierno los volcanes del Popocatepetl y el Iztaccihuatl se cubrían con un manto de nieve, en estas condiciones fueron tomadas varias fotografías a distancia de ambos y cada uno por separado. Las fotografías impresionantes porque captaban la belleza del panorama, reflejaba el trabajo y paciencia para subirse a diferentes partes para la realización de las tomas. Habían otras tomas de actividades cotidianas, me llamaron la atención especialmente una, en donde mi padre se encontraba colocando los cimientos de la casa, otra era de una de las hijas del Sr. Jesús en la presentación en la iglesia, las fotografías transmitían con sensibilidad las

expresiones de los sentimientos en ese momento, además del acabado en mate en blanco y negro, un trabajo con dedicación ahora diría con pasión.

Al estar trabajando tanto mi padre como el Sr. Jesús en el cuarto oscuro, se olvidaban incluso hasta de comer, los dos salían tarde del taller con amplias sonrisas, las que desaparecían cuando veían el reloj, el patrón de mi padre corría a su camioneta para dirigirse a su casa, a mi padre lo esperaba mi madre, con el semblante de no muy buen agrado, yo al verla me desaparecía con mis hermanos hasta el nuevo día.

Esto influyó para que aprendiera a amar a las plantas a la que yo llamaba ¡la chispa verde!, el contacto con la tierra, con la naturaleza campesina, que de alguna manera heredaba de mis padres, abuelos, la influencia del patrón de mi padre, y del contacto con los campesinos. Pasaría mucho tiempo, para darme cuenta y en algún momento de mi vida empujaría como invisible motor mi vida, como dicen los campesinos; “¡habría que preparar la tierra para la cosecha!

## TIEMPO DE ESTUDIO

La distancia de la casa hacia los lugares para la compra de los alimentos hacia que mi madre se organizara, en ocasiones la acompañaba a diferentes mercados o tiendas de abarrotes, lo que me permitía conocer los sitios de donde se abastecía, teniendo ella que transportarse a Xochimilco, Portales o a la Merced regresando con las bolsas de mandado pesadas las manos faltaban, la mayoría de las veces mi madre se iba sola a surtirse de lo que necesitaba. Cuando me quedaba en casa ya estaban las tareas bien señaladas y se incrementaron con las que me marcaba mi padre, si me gustaba regar el jardín, barrer el taller, ayudara sacar la viruta, al igual que a mis hermanos nos fueron encomendadas a cada quién su tarea.

En el jardín del taller, en el pequeño invernadero la humedad y la cantidad de plantas favorecía la existencia de las ranas de diferentes colores, incluyendo una que otra víbora de agua que no rebasaban los quince centímetros, que al verlas jera más el susto que la acción y la



escoba me rescataba! Cuando enseñaba los restos de la víbora a mis hermanos o a mis padres, me decían; “¡esta muy chiquita!” pero yo contestaba; ¡si, pero no me dejaba pasar!” en realidad me paralizaba el miedo y la forma de cómo se enroscaba moviendo la cabeza sacando la lengua lista para el ataque.

Había conocido a las arañas capulina o tarántulas, o los ciempiés, ¡a las víboras no me las habían presentado! Mis padres me consolaban diciendo; “¡son víboras de agua, no son venenosas!”, pero no quería confirmarlo, con ellas no quería nada en absoluto.

Al ingresar a la nueva escuela “Prof. Xavier Mejía”, las tareas se volvieron más complejas, al igual que las necesidades a satisfacer por mis padres al estar creciendo mis hermanos y yo. Mi padre tomo un turno extra de empacador de libros, en este trabajo lo apoyábamos mi madre, mis hermanos y yo, se trabajaba los fines de semana iniciando los viernes por la noche para tener más tiempo para descansar los días sábado y domingos. Durante la semana mi madre decidió hacer almuerzos y comida para los trabajadores, de esta manera ella ganaba un poco más, los trabajadores ya no se desplazaban a gran distancia, el trabajo se incremento para mi madre.

Los días sábados se trabajaba medio día, mi madre vendía sopes de su propia invención, los clásicos preparados con frijoles refritos, salsa verde o roja, lechuga, queso rayado conocido como “Cotija”, o los especiales con huevo estrellado, bistec o pechuga asada cortada en tiras, el sope era de buen tamaño, el sabor exquisito. Con un sope la persona quedaba satisfecha, por lo general los trabajadores pedían más de uno. El almuerzo ese día incluía a la familia completa, mi madre variaba los guisos en ocasiones era pancita, otras chilaquiles, según como le hicieran los pedidos, los sopes dominaban, en menor escala las quesadillas, ¡eran sábados de delicia!

Las escasas tiendas que existían se encontraban cerca de la calzada del Hueso, es decir a un kilometro de distancia las más próximas, por lo que mi padre compro dos bicicletas, para utilizarlas como transporte, una pequeña y la otra para él, mis hermanos aprendieron a manejarlas sin ninguna dificultad. Me costo un poco de trabajo aprender a manejar la bicicleta, espacio lo tenía por lo que decidí practicar en un terreno en donde había pasto y a un lado se encontraba la calle pavimentada, ese fue el lugar de entrenamiento, practicaba la vuelta en círculos para poder calcular el espacio, en varias ocasiones perdí el equilibrio, el pasto amortiguaba las caídas, hasta que pude dominar las vueltas en las dos bicicletas como mis hermanos, practicaba lo más que podía, ¡finalmente conseguí el objetivo!

En la bicicleta pequeña realizábamos los mandados tanto mis hermanos como yo, a su vez servía para explorar más la zona, cuando me tocaba a mi hacer los mandados me dirigía al rancho, y a las viviendas cercanas a la casa donde vivían los dueños o administradores de la hacienda, la razón era la búsqueda del lugar en donde se vendía la leche, esto me facilito conocer a los campesinos, a sus familiares, en especial a la familia que cuidaba el rancho, ellos en su manera de ser y vestir tenían semejanza a los abuelos, ¡los extrañaba!

Las visitas a los abuelos eran ahora más distantes, la vida era más activa, el día se hacia pequeño, el tiempo transcurría vertiginoso, regar el jardín, apoyar con la limpieza del taller, ir a la escuela, hacer mis tareas, más los mandados, realmente teníamos menos tiempo para platicar

tanto mis hermanos como mis padres, los días sábados por la tarde se realizaban las tareas pendientes para entregar el primer día de la semana, los domingos se descansaba lo que se podía.

En una ocasión, acompañe al Sr. Jesús y a mi padre a realizar la búsqueda de árboles para su jardín, mi padre me despertó temprano ese día, preguntado si quería acompañarlos, la respuesta fue un sí de inmediato, arreglándome con rapidez, aún era oscuro y nos dirigimos a la región de los volcanes en Amecameca en el estado de México, la temperatura era baja, al llegar al lugar indicado me quede en la camioneta para cuidarla, mientras el Sr. Jesús y mi padre se fueron a buscar los árboles deseados, al patrón de mi padre lo seducían los pinos ¡y éstos si crecieron en su jardín!

Al transcurrir el tiempo se me permitió el acceso al taller al igual que a mis hermanos con sus debidas precauciones, la maquinaria era de manejo especial por el tipo de papel que se cortaba para poder ser encuadernado, las cuchillas podían cortar sin trabajo alguna mano o los dedos, si no se tenía atención adecuada. “Prohibido tocar” esa fue una de las principales reglas. En las mesas de trabajo podía observar los libros en proceso de encuadernación y los ya listos para empacar, encontraba infinidad de títulos de los libros de “Time of Life” estos eran los que ya se podían ojear libremente sin problema, al igual que las hojas diversas que se tenía que coser para después empastar, es decir tenían que pasar por todo el proceso para poder ser un libro.

La encuadernación era un taller lleno de libros, los más grandes en tamaño y por el peso eran los de “Gustavo Casasola” su contenido impresionante, por las fotografías tomadas en el tiempo de la revolución, la historia de personajes cercanos a los héroes, las fotografías de los que eran personas comunes en su vida diaria, así como la moda de la época como los vestidos, peinados, zapatos. Al revisar las otras pilas de libros encontraba los cuentos Andersen, aquí me detenía, las tareas encomendadas me volvían a la realidad, aún recuerdo el cuento de “El soldadito de plomo” “La Bella y la bestia” “La Bella Durmiente” los días sábados o domingos podía leer sin problema, así como los días festivos y vacaciones.

Los libros de Time – Life eran los que más leía al terminar de empacar, los libros que quedaban con remanente por algún defecto, se separaban, éstos se referían a la naturaleza, la ciencia, los orígenes del hombre. Eran millares de libros de diferentes editoriales, pero todos ellos tuvieron impacto sobre mí, la información contenida me trasladaba a otro tiempo y lugares en especial los libros de “El Hombre y el Espacio” y “El Universo” me recordaba a las estrellas y constelaciones, ¡me dejaba pensando!, abría en mi mente otras ventanas incluyendo en mi interior en las profundidades insospechadas, aunque no sabía exactamente que era.

Existían varios títulos recuerdo “Luz y Visión” “Las Montañas” “Vuelo” “Máquinas” “Los Primates” “los Celtas” “El Hombre Prehistórico” existían más libros, pero tiempo faltaba para hojearlos, más para leerlos, las fotografías daban cuenta de lo que conformaba al mundo, de eso si podía darme cuenta de un pasado, presente y ¿después?

La realidad de ese ahora me llamaba, para darle atención al paisaje, se podía observar en los fines de semana, al subirme a la azotea de la oficina y desde ese lugar dirigir la mirada alrededor, hacia el norte el verde, hacia el sur las luces de Xochimilco, hacia el este por donde

salía el sol era una zona con más color verde, pero al mirar hacia el oeste que era la entrada a la calzada del Hueso, mis ojos topaban con un tren, que por lo lejos se veía pequeño, tal parecía como un juguete. Era el tren que se dirigía hacia el sur rumbo a Tlalpan ó Xochimilco, ¡era como el que los abuelos y yo abordábamos para ir a la catedral los días domingo!

Así el tiempo pasaba, observaba el ir y venir de los trenes, tardaban en pasar, recordaba el bamboleo y el zumbido característico de las ruedas al pasar por las vías, ¡ese era el que me arrullaba transportándome a los brazos primero del abuelo y después a los de Morfeo!

Al iniciar la semana a principios del mes de agosto si mal no recuerdo, ya mis padres tenían programada la inscripción para que continuara la educación primaria. En la escuela a la que fui inscrita tenía dos turnos, por ser cambio de domicilio se designó el turno vespertino, estude los tres años que me faltaban para concluir la escuela primaria, mis hermanos, estaban en otro turno. Mi madre me dio las instrucciones para el traslado y la toma del transporte, en este caso los “peseros” que así se llamaban por cobrar un peso.

Las compañeras de mi grupo eran algunas de mayor edad que yo, ellas formaban un grupo pequeño otras compartían los juegos o pláticas en la hora del recreo o a la salida de la escuela, otras las que vivíamos por el rumbo, nos acompañábamos parte del camino de regreso a casa, lo que facilitó la amistad posterior con algunas de ellas, el entorno seguía cambiando, combinaba las tareas domésticas con las escolares.

En este tiempo el patrón de mi padre llevó a la encuadernación a un perro llamado “Duque” era pastor alemán con pedigrí, es decir de raza pura, era de color canela con manchas negras en orejas y patas, era un cachorro, se convirtió en mi segundo amigo este inseparable, no se dormía conmigo porque era grande y ocupaba mucho espacio, por lo que él se iba a dormir a la llamada “viruta” esta basura se formaba con las tiras que se hacían al emparejar los pliegos de papel al ser cortados, estas absorbía la humedad, se producía en cantidades variables de acuerdo a la producción de libros, el polvo que producía este tipo de basura ocasionaba comezón, era la sensación de tener clavadas pequeñísimas espinas en la piel, irritaban los ojos y la nariz, al barrer o al ser acumulada para su venta, era necesario proteger la nariz con un pañuelo, ¡pero al perro le gustaba ese lugar para dormir!

El “Duque” fue mi compañero de aventuras, me acompañaba a explorar alrededor del rancho, perdiéndonos por horas, ¡compartíamos hasta la comida, pero éste quería más! Por las noches era el encargado de dar la alarma, el noble animal se ganaba el afecto de todos, no dejaba que ningún extraño se introdujera al terreno de la encuadernación, después no dejaba que nadie se me acercara, peleaba con los perros que osaban acercarse, se ganó buenas heridas, se dejaba curar, al poco tiempo sanaba recobraba fuerza y vitalidad.

¡Ame a ese perro!, su bravura fue la causa de ser sacrificado, realmente obedecía, pero el hijo mayor del Sr. Jesús quiso jugar con él y lo mordió levemente, con las fauces sólo le detuvo la mano presionándola, no fue una mordida, ¡yo estaba presente!, ¡abogue por él, pero nada pude hacer, fue muerto por mi padre! Perdí a un amigo, la impotencia me impidió llorar, ¡abrace por un tiempo su cuerpo caliente, me separaron de él, sin comprender porque lo habían sacrificado! Mi madre me decía; ¡aléjate de él déjalo morir! Lo vi morir a los pocos minutos, lo

enterraron en un extremo del jardín. Paso el tiempo me incrementaron las tareas y los encargos, me torne callada, existía una parte de mí que sentía que había muerto.

El patrón de mi padre llevo otros perros de la raza de los doberman, ¡éstos si eran bravos!, no los mataron, solo se los llevaron. Al poco tiempo encontré un perro callejero, se quedo durante un tiempo después se fue de la casa, la escuela continuaba, enterré en mi alma a mi amigo “Duque” pasaron algunos meses, me regalaron un gato pequeño, al crecer se fue, no lo extrañe, ni sentí su ausencia, no volví a tener ninguna mascota por el momento.

Tiempo después intente hacer una alberca en el jardín para los gansos, resulto a medias porque los gansos escarbaban con el pico fuera de la tina que improvisada para tal fin, llenando de tierra el agua, alrededor formaron más hoyos, el lodazal que formaron se extendió, al salir estos de la alberca dejaban sus patas sucias por todos lados, la tina se retiro, en su lugar se dejo un abrevadero más pequeño improvisado con una cubeta, me enviaron a rellenar los hoyos con tierra, dejando limpio el lugar.

En una visita a Xochimilco compre en el mercado una tortuga, el vendedor dio las instrucciones para alimentarla y cuidarla, regrese feliz con mi nueva mascota, de nuevo improvise una alberca con una tina más pequeña de tal manera que ella pudiera salir a caminar, ¡fue un éxito tal que se perdió! Desistí en forma definitiva de tener algún tipo de mascota.

Las actividades escolares en estos tres años transcurrieron despacio, la adaptación fue lenta, el aprovechamiento regular. Sin embargo algo sucedía en rededor, los campesinos empezaron a emigrar, se realizaban obras para ampliar la calzada de Tlalpan, con un puente que facilitaba el transito en dirección al sur, lo llamaban “Viaducto Tlalpan” conectaba a su vez con la carretera federal y con la libre a Cuernavaca. La escuela se encontraba antes de llegar al estadio azteca, se empezaron a construir obras hacia el sur como hacia el norte donde se encontraba ubicada mi casa, el canal de Miramontes se empezó a secar para introducir los tubos para el drenaje, las obras en construcción fueron las unidades habitacionales Villa Coapa y el Fovisste, el periférico a la altura de el Canal de Cuemanco en conjunto con la Pista de Remo y Canotaje “Virgilio Uribe” el Anillo periférico se pavimento a ese nivel.

El terreno perteneciente a la encuadernación fue protegido por una malla metálica, tiempo después mi padre descubrió a unos policías, mis hermanos y yo nos encontrábamos jugando en el jardín, nos dio aviso que nos introdujéramos en la casa rápidamente, trascurrieron unos minutos cuando pasaron dos muchachos jóvenes corriendo, al poco rato por la ventana de la casa, vimos a los policías hablar con mi padre, llamaba la atención los rifles que llevaban, permanecieron por unos minutos cerca del lugar, regresando por donde habían llegado. Mi padre nos comento que los policías le habían preguntado que si por ese lugar había visto a unos muchachos, y que él les había contestado que por ese lugar no había pasado nadie, guardo silencio por unos instantes su semblante se torno serio y dijo: “¡afortunadamente no pudieron agarrar a esos muchachos, eran estudiantes!” Después ya nada lo hizo hablar, fue en el año de 1968.

Durante el transcurso del cuarto y quinto año en la escuela, se continuaban las proyecciones de películas, en el salón de actos, pasaba por problemas similares a la escuela anterior, las bancas eran de madera para dos alumnos, se recorrían, los niños fritaban el

desorden era al apagar la luz, brincaban de una banca a otra, no se podían controlar, hasta que se volteo una banca y me cayo a mi en mi pie derecho, se hizo el silencio, la proyección de la película se suspendió, la luz se prendió de nuevo con la sorpresa que mi pie derecho estaba lleno de sangre, de inmediato el salón se desalojo, fui llevada a la dirección, la maestra a cargo del grupo me acompañó a la clínica del seguro social que se encontraba cercana a la escuela, por el teléfono dieron aviso a mis padres de lo acontecido a mi persona.

Mi madre fue por mi a la clínica, por lo tanto a me retiraron la uña de mi dedo, afortunadamente no hubo fractura alguna, en forma discreta mi madre preguntó; “¿eras tú la que estabas brincando!” la respuesta fue; ¡No! Explicándole lo sucedido durante la proyección de la película, los que se encontraban brincando eran los niños, no pude ver en realidad quién había sido. Días después los mismos niños denunciaron al que había tirado la banca, a éste lo suspendieron por tres días. Finalmente se terminaron las proyecciones de las películas, permanecí una semana descansando en casa.

A inicios del sexto año el profesor salía en ocasiones al ser llamado por la directora, nos quedábamos solos por unos minutos, con ejercicios a resolver anotados en el pizarrón, una de mis compañeras conocida como “La güera” era de piel blanca, ojos cafés claros, nariz respingada, pelo rojo esponjado, se peinada con una cola de caballo. Al salir el profesor, empezó a insultarme y a empujar la banca en donde me encontraba sentada, como respuesta me puse de pie de inmediato, la tome de la cola de caballo y la tire, en esos instantes el profesor entraba al salón, la pelirroja se levanto se sentó, en su banca nadie dijo palabra alguna ¡no volvió a molestarme más!

Al salir esa tarde mi amiga y compañera del camino Elvira, me presento a su hermano mayor, el tenía seis tres años más de edad que ella, era alto, delgado de piel blanca, pelo negro ondulado, la cara de facciones finas, los ojos negros vivaces, los niños y las amigas de la pelirroja al verlo se alejaron discretamente, no volví a ser molestada por nadie, mi amiga y yo no comentamos el incidente con nadie, su hermano platicaba de lo que aprendía en la preparatoria y del trabajo que alternaba, contaba chistes, el tiempo se hizo breve durante el camino rumbo al sitio de la base de los peseros. En ocasiones a mi amiga la iba a recogerla su madre ó solo nosotras nos acompañábamos, así transcurría el último año de la escuela primaria.

Cambiaba el entorno, mi aspecto igual, estaba creciendo a su vez también mis caderas, los senos, existía un paralelismo, que también a mí me causaba una verdadera revolución, el verdor fue cambiando de verde a gris, los pastizales ahora era sembrados por varillas, cemento daban origen a enormes edificios, se abrían calles, se conectaba el drenaje. El trabajo se incrementaba para mi madre, mis hermanos crecían, ya el espacio de la casa no era suficiente, mis padres trabajaron los días de descanso, incrementaron más el trabajo extra en la encuadernación, continuábamos con el apoyo al trabajo mis hermanos y yo.

Haríamos lo mismo que el resto de los campesinos, emigraríamos, mi madre ahorrraba y buscaba un terreno para vivir que fuera ahora propio, las necesidades a satisfacer crecían de la misma manera que el resto de mis hermanos.

Al regresar a casa observaba que el entorno cambiaba vertiginosamente, ya existían más zonas residenciales, el rancho empezaba a desaparecer, los pastizales cercanos a la casa poco a

poco fueron abandonados, las vacas ahora eran unas cuantas, los peseros aún escaseaban, y después de las ocho de la noche desaparecían.

Mi padre compro una televisión, se acercaban la celebración de los juegos olímpicos y recordé cual fue la inquietud al escucharlos mencionar por primera vez en la tienda de la anterior casa, la respuesta la descubriría en la escuela, los maestros nos dejaban de trabajo ilustrar e investigar el significado de los juegos, así como dibujar y pintar los aros olímpicos ¡esa inquietud fue resuelta! Se preparaba la fiesta, la celebración en donde se conmemoraba los juegos que se celebraban en la antigua ciudad de Olimpia, después en Atenas en la era moderna.

Los beneficios de ver la televisión implicaban que el tiempo de juegos se disminuía, ahora preferíamos tanto mis hermanos como yo ver los programas los referentes al espacio exterior, como “Perdidos en el espacio” “Viaje a las estrellas” los viajes al pasado con “El túnel del tiempo” Los temas de guerra “Combate” programas familiares por la mañana los días domingo como “Chabelo” o por la tarde con “Siempre en Domingo”, por lo que las tareas encomendadas se retrasaban, causando problemas y ciertas llamadas de atención para que éstas primero se realizaran, para poder ver los programas sin olvidar nuestras responsabilidades, pues nos tenía entretenidos, el tiempo pasaba sin darnos cuenta, para los fines de semana era de utilidad.

Cuando enfermábamos de la garganta o por gripa, mi madre nos llevaba a la clínica del seguro, el tratamiento variaba, por lo que en ocasiones era necesario cumplir con el esquema de inyecciones aunque no nos gustara, la primera aplicación se realizaba en la clínica, para las restantes se tenía que buscar a la persona que las pudiera aplicar, afortunadamente existía una señora de edad avanzada que había estudiado primeros auxilios, a ella se recurría, mi madre nos acompañaba, al ver la jeringa el valor se me desaparecía, ya no lloraba pero ganas no me faltaban, si las inyecciones eran para mis hermanos contaban con mi apoyo moral.

La suerte era que podíamos contar con el apoyo de esta señora, ella asistía a misa los días domingos, daba clases de catecismo, por lo que varias personas la conocían la llamaban “Luchita” su esposo era de mayor edad que ella al poco tiempo enfermo y murió, a ella la veía triste, decaída, se fue marchitando como las flores en poco tiempo, sus hijas la visitaban con frecuencia decidieron llevársela con ellas, vendieron la casa, no la volvimos a ver.

“Luchita” cuando me veía insistía en que fuera a clases de catecismo cuando pudiera los sábados ó domingos, para que me preparara para hacer la primera comunión, me decía; “¡vas aprender los mandamientos, los sacramentos la vida de Jesús! Dejándome clavada una interrogación en un lugar diferente de la cabeza, ella lo decía con tranquilidad plenitud y seguridad, preguntándome a mi misma ¿Cuándo sería eso? La respuesta tocaría a mi puerta varias veces, hasta que decidí ver quién llamaba tiempo después.

Los festejos familiares de las posadas disminuyeron, solo asistían mis padres, regresaban temprano, el transporte de la zona continuaba siendo escaso, las luces los cohetes de Xochimilco se podían ver sin ningún problema, teniendo la televisión preferíamos quedarnos, más el frío intenso que se sentía, en forma definitiva preferíamos quedarnos tanto mis hermanos como yo, frecuentábamos poco al resto de familiares, ellos también incrementaron sus compromisos y trabajo, los visitábamos de manera breve por las mañanas en ocasiones,

pero no perdíamos el contacto, de esta manera me daba cuenta que también mis primos se transformaban.

Faltaba que terminara el sexto año, pero todo se movía más rápido, ¿la causa era los juegos olímpicos? Pero también existía movimiento en la que conocíamos como “prepa 5” seguía las instrucciones de mi madre al abordar el pesero y directo a la escuela, mi hermano el mayor, ya asistía a la prepa en el turno matutino, una mañana llego con sangre en la espalda con el semblante pálido, llamó aparte a mi madre, le comentó lo sucedido, por el momento, convenía guardar silencio, no tenía heridas solo le quedo el susto, mi hermano continuó su vida estudiantil.

Durante la olimpiada al ir por los encargos de mi madre, me detenía en la calzada del Hueso para poder observar el paso de algunos atletas cuando eran transportados hacia la pista de remo y canotaje en el Canal de Cuemanco, para realizar sus entrenamientos para las competencias; los que pude observar eran altos delgados de piel oscura, saludaban moviendo la mano desde mi bicicleta devolvía el saludo, ¡de nuevo los encargos de mi madre esperaban!

Al concluir la olimpiada, tiempo después regresaba la “normalidad” de nuevo a la escuela existía tranquilidad, en la prepa continuaban los estudiantes ahora haciendo más notoria su presencia, el transporte público lleno de ellos, así como en el tramo de la calzada del Hueso hacia el interior rumbo a la escuela, indudablemente algo más sucedía, pero no podíamos desviarnos del camino, me entraba angustia sin saber el porqué.

Existía inquietud dentro de mí, al terminar el sexto año me preguntaba ¿qué seguía y para qué? Me sentía en blanco y dentro de mí la “revolución” no me dejaba pensar, mucho menos hacer, observaba el paisaje ya las unidades habitacionales estaban siendo habitadas, las zonas residenciales aparecían, al igual que los teléfonos públicos, los centros comerciales abrían sus puertas, se abrieron calles, las calzadas fueron pavimentadas, el transporte público se hizo más frecuente, al igual como el tránsito vehicular.

Existía cerca de la calle de “El Mirador” un pequeño rodeo, que en ocasiones en él se realizaban algunas fiestas y corridas de toros, éste también estaba destinado a emigrar o desaparecer.

Llego el final del sexto año, ¡me veía como una princesa!, el vestido lo habían confeccionado con el corte de ese estilo, era de color rosa pastel, se complementó con zapatillas y guantes blancos, mi madre había encargado el vestido a mi medida a la hija de una de sus comadres que era costurera profesional, era para celebrar la misa de Acción de Gracias de fin de del ciclo de la escuela primaria, se bailaba el vals “La Marcha Triunfal de Aida” ese día fue para disfrutar así lo hice ¡me encontraba contenta!, pero por el otro lado enfrentaba la pérdida de mis amigas, tenía el presentimiento de que mi vida cambiaría.

Mis padres se preocupaban para que yo continuara estudiando al igual que mi hermano el mayor. Mi madre investigaba la escuela secundaria para poder ser inscrita, una opción era la escuela a la que asistía mi hermano el mayor, esa a escuela a mi no me gusto tenía las ventanas y puertas con barrotes, menos el camino estaba lleno de automóviles emitían mucho ruido,

para poder llegar a ese lugar se tenía que abordar el camión por lo general este estaba lleno, con gente en la parte de adelante como atrás, como en las caricaturas de “La familia Burrón”

El día del examen de admisión a la escuela secundaria, no conteste una sola pregunta, la respuesta fue; “no aprobada”, mi madre estaba notablemente no molesta, es decir ¡estaba enojada conmigo! Me dijo; “¡quieres ser una sirvienta como yo”! ella le comunico a mi padre el resultado del examen y éste a su vez al Sr. Jesús, armando éstos la estrategia para qué me diera cuenta de que existían otras alternativas, al estudiar obtendría mejores opciones de trabajo y salario, con una calidad de vida diferente a ellos. Pasarían varios años para saber los resultados de la disciplina para estudiar una carrera tanto a nivel técnico como profesional, además de saber algo más del Sr. Jesús.

La estrategia consistió en irme de sirvienta a la casa del patrón por una temporada a cubrir las vacaciones de su sirvienta de planta, de inmediato me llevaron, ¡nunca se me olvidaría sí aprendí la amarga lección! Extrañaba a mi familia, deje de comer, los quehaceres no eran pesados, al estar sola en mi cuarto de la azotea, ¡era eso estar sola!, la esposa del Sr. Jesús al igual que sus hijos fueron amables con mi persona, pero en escasamente veinte días, no hablaba y no comía, este fue el motivo por el que mi madre fue por mi y regrese a casa.

Al regresar a casa ya no era la misma, me sentía extraña, mi madre me dio la noticia de otra nueva escuela secundaria en la que yo asistiría, los requisitos de admisión estaban completos y solo requería de un examen de exploración. Ahora sí se tranquilizo mi alma, todo nuevo. Las palabras de la directora al presentarme en la escuela no los he olvidado; “¡las puertas de esta escuela están abiertas para todo aquel que quiera estudiar! ¡El profesorado es competente!

Para llegar al lugar en donde se encontraba ubicada la escuela Secundaria No 149, bajaba del pesero en la calzada del Hueso, frente a la preparatoria número cinco, atravesaba el campo aún con sembradíos, caminando a un lado de la barda de los terrenos del Club América, caminaba despacio para no ensuciar los zapatos o los tenis cuando tenía la clase educación física, al llegar a la escuela antes de entrar limpiaba y sacudía mis zapatos o tenis, las manos me sudaban ignoraba la causa, llevaba un pañuelo para secarme las manos de manera continua, afortunadamente esta molestia desapareció así como inicio.

El uniforme de la secundaria en el primer año consistía en jumper de color rosa con blusa blanca y zapatos de color negro, calcetas blancas, para la materia de educación física el uniforme era de color blanco con zapatos tenis del mismo color. Para el segundo año el jumper era de color azul, el color era guinda para el tercer año, el resto del uniforme igual blusa de color blanco al igual que las calcetas, y el mismo uniforme para educación física. En esos años aún sembraban la tierra, cuando sembraban maíz extremaba precauciones al crecer la milpa, al cruzar lo hacia lo más rápido posible, afortunadamente no sufrí ningún percance de lamentar.

La directora de la escuela secundaria era una mujer madura de voz firme y enérgica, recuerdo su nombre; Profesora Bertha Peláez Guzmán, el subdirector Profesor Luis Parra Cabrera. Los profesores fomentaron la disciplina, aprovechamiento, obteniendo para el alumnado con los mejores promedios el goce de becas. Un profesor era el tutor de un grupo, en el primer año, la tutora del grupo fue la profesora que impartía la materia de Historia de México, La profesora se esmeraba en resolver los problemas que se presentaban en el grupo,



las clases se impartían de lunes a sábado, para cubrir el programa. La directora no permitía que faltáramos a clases a menos que fuera por fuerza de causa mayor, si se celebraba un día festivo entre semana solo se respetaba ese día, nos presentábamos a clases el día que continuaba, jesa era la disciplina!

Al final del primer año pude obtener una beca, sintiéndome con mayor responsabilidad, los profesores pedían los libros la mayoría de las veces lo más pronto posible, le avisaba a mi madre cuando llegaba de la escuela, al siguiente día mi madre se iba temprano al centro de la ciudad, recorría las librerías para comprar los libros, en especial en las sucursales de la "Editorial Porrúa" De regreso a casa me entregaba el libro o los libros que me habían pedido los maestros, los que ella protegía con cuidado llevándolos aparte, para que no se mezclaran con el mandado que compraba para preparar la comida, aprovechaba el viaje.

El horario de salida de la escuela era después de las ocho de la noche, regresaba a casa por la calle que se encontraba frente a la secundaria, caminando después hacia la izquierda rumbo al sur, para poder abordar el pesero, la distancia a caminar eran de dos kilómetros aproximadamente. A los lados de esa calle los terrenos se encontraban vacíos, transitaban poco automóviles, en ocasiones al tener horas libres podíamos adelantar materias y podíamos salir más temprano, no caminaba sola al salir, algunas compañeras vivían en Villa Coapa, caminar por esa calle era obligado para salir a calzada de Tlalpan, era nuestra ruta.

Sin embargo en una ocasión salimos temprano éramos un grupo de seis alumnas, decidimos regresar a casa temprano, ya no teníamos ninguna clase, aproximadamente a la mitad de la calzada, fuimos interceptadas por un hombre vestido con una gabardina, al vernos se detuvo frente a nosotras, se abrió la gabardina, no tenía camisa ni playera, se bajo el pantalón enseñándonos los genitales, gritamos en coro y corrimos, tras de nosotras caminaba una señora de edad madura, ésta le hizo frente gritándole, el hombre se subió los pantalones y desapareció.

La señora nos alcanzo preguntándonos como nos encontrábamos, contestamos todas bien, ¡pero bien asustadas!, nos acompaño hasta la parada del camión, cada una se fue rápidamente a su casa, cuando llegue a mi casa avise a mis padres, preguntando nuevamente como me encontraba, la respuesta fue otra vez bien, ¡el susto nada más! Mi madre me preparo un té caliente y me mando a dormir. Si dormí pero no sentí que hubiera descansado, me sentía extraña, era como si en mi mente pasara por un espacio en blanco, que no quería recordar.

Al día siguiente avisamos a la directora de la escuela los hechos de la noche anterior, se percato de que nos encontráramos bien, se dio aviso al departamento de policía la que envió a una patrulla por las noches a la hora de la salida, la precaución fue salir todos juntos, sin permitir que nadie se rezagara, se solicito a los padres de familia que fueran a recogerlos, así se hizo, la patrulla permaneció realizando rondines con más frecuencia especialmente a la hora de la salida, esto permitió que nuevamente regresara sola a casa, me acompañaba con otras dos compañeras que me dejaban lo más cerca de la base de los peseros, éstas eran acompañadas por sus padres.

Los padres de mis compañeras conversaron con mi madre para que ella ya no fuera por mi, de esta manera ella o mi padre me esperaban en la esquina de la calle de "El Mirador" al

conocerme los choferes de los peseros de la calzada del Hueso, le daban un “aventón” a mi madre o a mi hasta la casa, así transcurría el tiempo, ya no fuimos molestadas, el hombre no volvió.

Las tareas y trabajos escolares se incrementaron con las compañeras, por lo que era necesario acudir a bibliotecas, utilizar el transporte masivo, hacer los trabajos en casa de las compañeras, nos mantenían en actividad constante, permitiendo que el tiempo fluyera veloz. El respiro era en vacaciones podía visitar a mis amigas platicar con más calma, estar más tiempo en casa, la que me gustaba arreglar o pintar, compraba la pintura subía a una escalera, mis hermanos a gritar, era poco tiempo para disfrutar o hacer lo que pudiera, mis padres daban las indicaciones de cómo pintar sin gotear la pintura en el piso, de esta manera daban el visto bueno a la acción.

Algunas compañeras vivían en Xochimilco o en los pueblos cercanos al lugar, me invitaba a sus casas, para cosechar, en sus propiedades tenían arboles frutales o terrenos de gran extensión ellas les llamaban parcelas, regresaba a casa con capulines, elotes, limones, naranjas, sopes o itacates si había fiesta. Conocí a los padres de mis compañeras algunos de ellos eran campesinos que eran propietarios de los terrenos, se dedicaban a la agricultura, nos permitían inspeccionar los alrededores, incluso subir a los árboles a cortar en especial los capulines, eso fue una aventura, lo que la inexperiencia hacía que resbaláramos del árbol, o al carecer de puntería, atinábamos al que no tenía la canasta, lo que ocasionaba risas de todos, pero la cosecha era abundante.

Transcurrieron los tres años de la secundaria, el entorno de la zona cercana a mi casa seguía cambiando, mis abuelos se cambiaron de casa se fueron a vivir al estado de México, la enfermedad de mi abuela Elena la minaba lentamente, antes de terminar las vacaciones del último año de la secundaria la visite, su semblante era triste, ya no podía hablar, me esforzaba por hacerle sus trenzas, lustraba sus zapatos, algo en mi interior me decía que la abuela pronto moriría. En efecto la abuela murió antes de que concluyera el tercer año. En el mes en el que ella murió el promedio bajo un poco, por lo que el tutor del grupo que en ese año era el profesor de la materia de inglés, me llamo y pregunto cual era la causa por la que el promedio había bajado. Le informe de la muerte de mi abuela, el profesor sugirió; “¡continúa estudiando, la vida sigue ella ya esta descansando!” ¡Yo también acabo de perder a mi madre!

Cumplí quince años, mis padres y mis hermanos celebramos de manera sencilla al terminar de trabajar en el taller, mi madre se esforzó y me obsequio una medalla de oro con la imagen de la Virgen María, con mi nombre y la fecha de nacimiento grabado en el reverso de la medalla. ¡No necesitaba decir palabras, fue un regalo cargado con amor así lo sentí, en ese correr de ir y venir y comprar esto eso y aquello, en su pensamiento existía!

La culminación del ciclo de la escuela secundaria fue una meta que permitía continuar estudiando, la decisión aún estaba en espera, deje pasar un poco de tiempo para con tranquilidad pensara la mejor opción.

El tiempo para inscripciones transcurría para estudiar, el bachillerato o la universidad, u otras carreras, dándome a la tarea de buscar alternativas para estudiar la carrera de enfermería en diferentes escuelas como la del Instituto Marillac, la escuela de enfermería de Salubridad, la

escuela militar de Marina, esperaba las convocatorias. Mi padre comento al Señor Jesús, llamándome este preguntándome, si ya había pensado lo que estudiaría, segura conteste que si. El Sr. Jesús me dijo; “¡tengo una conocida que puede ayudarte preséntate con ella, te dará la información que necesitas!” me proporciono la dirección. La escuela de enfermería “Ma. Elena Maza Brito” se encontraba en la zona sur en Tlalpan, para llegar se tenía que tomar el transporte público, bajarse en la calzada y caminar rumbo al Viaducto Tlalpan, se encontraba a corta distancia, en esa calle se encontraban otros hospitales, por lo que se llamaba zona de hospitales, mi madre me acompañó para conocer la zona, después me iría sola.

La inscripción y el examen de admisión se realizarían una semana después. Así lo realice aprobándolo, era necesario cursar un periodo llamado preclínico en el que se observarían las destrezas y habilidades requeridas para estudiar enfermería, en ese periodo de tiempo al abordar el transporte público encontraba a algunas compañeras, en especial a una que venia del rumbo de Taxqueña, ella era Ana, ambas coincidíamos en la hora para tomar el transporte de esta manera nos acompañábamos.

El grupo era integrado por más de veinte alumnas, después del examen preclínico solo quedamos once, contándome entre ellas. Informe a mis padres y al Sr, Jesús, me sentía feliz. Después fue tiempo de mayor responsabilidad, trabajo, estudio, de vez en cuando platicaba de mis avances en la escuela con el Sr. Jesús y este sonreía, mis padres contentos pero con más trabajo, obtuve otra beca al final del primer año, logrando conservarla por los otros dos, no fue fácil, la calidad de los profesores era notable, médicos, bioquímicos, psicólogos, enfermeras, sin dejar de mencionar al personal que apoyaba imparcialmente a todo el grupo, ¡en realidad no fue nada fácil!

En ocasiones llegaba tarde a casa por los trabajos o consultas para investigar, el problema que el transporte seguía escaseando y si llovía, se desaparecían los peseros, en una ocasión llegue después de las ocho y media de la noche, llovía torrencialmente, en calzada de Tlalpan uno que otro auto particular se veía, espere por más de quince minutos, hacia adentro por la calzada del Hueso nada se veía más que oscuridad, el cansancio era tal, que decidí caminar a casa, pensaba que si encontraba a un taxi o pesero en el trayecto lo abordaría, ¡la suerte y el transporte cualquiera que fuera no estaba conmigo esa noche!

Camine despacio, la lluvia caía de manera continua intensa, en el trayecto solo se encontraba la calzada y yo, no se veía ni un solo coche, para mi suerte ni una sola alma, cruce por una calle paralela a la de “El Mirador” caminé por los terrenos aún vacíos, el agua me llegaba hasta las rodillas, no tenía frío, la luz de los relámpagos me permitían ver donde pisaba, no tuve miedo, ¡deseaba llegar a casa! Al llegar a la calle de “El Mirador” justo a la mitad una sombra se acercaba, escuche una voz familiar preguntando; ¿quién anda ahí? grite; ¡soy yo! Era mi padre que había salido a buscarme, afortunadamente al cruzar el terreno baldío, él me vio y de esta manera pudo encontrarme, ambos empapados llegamos a casa. Mi madre se encontraba preocupada, en su semblante se adivinaba el cansancio, sugirió cambiarnos la ropa, había café caliente, después de cambiarme ¡solo quería dormir!

Al siguiente día comentaba a mis padres que desafortunadamente no había teléfonos públicos para poder comunicarme, el transporte de la estación del metro Taxqueña hacia Tlalpan tardo en llegar, ya no me podía regresar a casa de alguna compañera, se encontraban

aún más lejos, la decisión de caminar era la más viable. Me preguntaba mi padre asombrado ¿cómo llegaste? La respuesta; “¡Caminando!” ¡Porque no había peseros, me espere por más de quince minutos, no dejaba de llover, estaba muy oscuro, corte camino por la calle de atrás, camine por el baldío! ¡El agua me llegaba hasta las rodillas! ¡Solo escuchaba el ruido del agua al caminar y los truenos! ¡No había ni un coche, ni un pesero, no había nada!

Era la realidad, mi padre guardo silencio, mi madre con el rostro más serio hizo lo mismo. Pronto iniciaría la pasantía, el final del tercer año de la carrera técnica de enfermería daría inicio de inmediato a este otro requisito, se avecinaba otro nuevo cambio de domicilio. Los fines de semana eran para estudiar, preparar trabajos, cada día apoyaba menos al trabajo de mis padres, mis otros hermanos se esforzaban, el hermano mayor ya iba a la universidad, el resto a secundaria y en la escuela primaria, las necesidades se disparaban.

Durante la pasantía el trabajo se realizaría en el propio hospital donde estudie, al igual que el grupo, se nos rolaría por los cuatro turnos, por diferentes servicios, estaríamos en contacto directo bajo la supervisión de el personal de enfermería, de los servicios y de la jefatura de enfermeras, al finalizar el tiempo reglamentario presentaría el examen profesional. Ese era el plan a seguir. El trabajo real fue un poco más difícil de lo que aparentaba ser, se vencieron los obstáculos que se presentaron con el apoyo de la profesora encargada del grupo, aprobando el examen profesional.

Simultáneamente en ese año de pasantía ingrese a la escuela preparatoria, fue más difícil asistir a clases por los cambios de turno, el cuarto año del bachillerato lo pude cursar con un poco de dificultad, reprobando matemáticas, había opciones para aprobar en tiempo extraordinario, el descanso lo utilizaba para reponerme, el turno nocturno era con guardias terciadas sin descanso, la desventaja era el sueño al día siguiente, el tiempo pasaba veloz pero el cansancio no desaparecía.

Al concluir la pasantía, se quedaron algunas compañeras a laborar ya con contrato en el hospital, yo solicité empleo en otras instituciones, el salario se encontraba por debajo de lo que ganaba como pasante, y en el área privada estaban igual, continúe la búsqueda de un empleo mejor remunerado. De regreso a casa durante el trayecto en el pesero observaba, clavando la mirada en el panorama de esos momentos, se construía otra zona residencial exactamente atrás de la casa, la zanja desapareció, se construían las aulas de la universidad autónoma metropolitana, frente a la preparatoria se concluía la construcción de una unidad médica del seguro social.

Mis padres continuaban con el ritmo de trabajo extenuante, mi madre cada vez más preocupada, avisaba del cambio de domicilio, ahora sería hacia el sur, hacia Xochimilco. Mis padres conservarían su trabajo, ahora estaría más lejos, pero la zona contaba con más recursos, el transporte era con corridas más frecuentes, tanto de los peseros como de transporte público, más el tren, el mercado con carne de diferentes tipo, frutas legumbres más económicos y de buena calidad, la zona era con más habitantes, las fiestas todo el año, había más agua, la calzada con banquetas enormes conectaban y acortaban el camino a la encuadernación, tenía más beneficios.

Mí cuerpo se transformaba paralelamente como el entorno, ya era una mujer de dieciocho años, me convertía en adulto con responsabilidades, me involucré con un compañero que me encontraba en la entrada o salida de clases, en el camino rumbo a la calzada, o me encontraba a sus compañeros, se acercaban para platicar, finalmente llego a ser una relación más allá de amistad.

Logre aprobar los exámenes en el seguro social, de inmediato fui llamada para laborar en una de sus unidades, el trabajo si era pesado, la adaptación e integración fue de manera más rápida y fácil, el turno era matutino con hora de salida a las tres. Las clases en la preparatoria iniciaban a las cuatro, la lejanía hacia la escuela incrementaba el tiempo de transporte, llegaba tarde a clases de las primeras horas o ya no podía llegar, más el embarazo, fue necesario suspender temporalmente la asistencia a la escuela, opté por estudiar en vacaciones los cursos de preparación para exámenes extraordinarios como pudiera, ya tenía otras prioridades, también un empleo, que ya estaba dando frutos inmediatos, después se convertiría en un respaldo que incluiría a mi familia.

#### REMANENTE

Dejaba un pendiente de materias por aprobar de dos años en la preparatoria, enfrentaba nuevos compromisos, me independizaba de mis padres, tenía un hogar, rentaba un departamento, a un así existía la necesidad de actualización continua, los cursos se nos proporcionaban durante las horas de trabajo, en ocasiones si se estudiaba un curso fuera de la institución se otorgaban horas beca, o beca completa, sin embargo podía avanzar si podía y quería para esto necesitaba el apoyo de la pareja, este no ataba ni desataba, al igual que yo, no decidía la separación ó formalización del matrimonio.

El tiempo transcurría, el nacimiento de mi primera hija ocupaba más atención y tiempo, por lo que de común acuerdo formalizamos la relación, presentía que esta no era la decisión conveniente, al transcurrir el tiempo dormía inquieta, en mi interior algo se agitaba de nuevo, buscaba en el exterior sin ninguna pista por el momento.

Combinaba el tiempo los días de descanso para tomar informes de los periodos de exámenes y de las materias que se pudieran tomar como alumna oyente, obtenía la información en las ventanillas de la preparatoria así como con los propios alumnos regulares, me estabilizaba al ya tener un ingreso. Mí madre apoyaba con el cuidado de mi hija, inicialmente la casa a la que llego mi madre a vivir fue rentada, al poco tiempo compro su casa, en ella se construyeron dos departamentos, una para mi hermano el mayor le correspondía el de la planta baja y el de arriba para mí.

El trabajo me absorbía, de nuevo a sentí esa “revolución” en mi interior, cambie al turno nocturno para disponer de más tiempo y cuidar a mi hija, de esta manera podía estudiar en el tiempo libre. El tiempo me rendía, aunque años después pagara el costo, dormía pero no sentía

que descansara, empecé a soñar me despertaba sobresaltada, la coloración de mi piel cambiaba, el peso se incremento con algunos kilos, todo parecía estar en armonía, la pareja trabajaba, ambos convivíamos con los familiares de ambas familias, la calma continuaba de manera aparente, duro por algunos años.

Mi hija crecía tenía ya seis años de edad, el nacimiento de mi segundo hijo, requirió de atención, el trabajo también requería de actualización la que se hacía sin causar ninguna dificultad, algunos compañeros de la preparatoria continuaban frecuentándonos, ya había aprobado en exámenes extraordinarios el quinto año, me esforzaba para cumplir con las responsabilidades contraídas, tanto en el trabajo como en casa, pero intuía que algo ya no funcionaba, la pareja se cerraba cualquier tipo de comunicación, el tiempo transcurría, los niños crecían, mis padres observaban, mi madre dejo de trabajar para dedicarse ahora a su hogar y a descansar que bien merecido se lo tenía.

El día 19 de septiembre del año de 1985, era necesario realizar una visita al médico temprano por la mañana, para realizar el examen médico a mi hija mayor dentro del centro médico, el lugar era cercano al centro de trabajo de la pareja, antes de llegar observaba el cielo que se encontraba nublado con tintes rojizos, me encontraba inquieta, la pareja observaba mirando el reloj decía: “vamos a llegar temprano son las siete quince”

El trafico aún era fluido, minutos después cerca de la avenida veinte de noviembre, el automóvil se zarandeo, de inmediato sentí mareo, la pareja trataba de controlar el automóvil, fueron instantes en los que los postes del cableado eléctrico parecían caer sobre nosotros, una espesa nube de polvo invadió el ambiente, no se podía distinguir nada. Al empezar a despejarse el polvo, la escena fue indescriptible, pasaban personas con sangre en la cabeza pedían auxilio, intento bajar del auto, ¡era inútil las personas salían de diferentes lados!, el silencio era sobrecogedor, pensaba en mi hermano que laboraba en el mismo lugar que la pareja.

El polvo continuaba dominando el panorama, al pasar cerca de centro de trabajo de la pareja, salió mi hermano lleno de polvo, con el rostro desencajado diciendo:” ¡en el elevador se quedaron atrapados varios compañeros, en las escaleras se cayeron otros!, ¡vámonos de aquí! Los semáforos no funcionaban, al pasar cerca del centro médico, ¡el caos era total!, mire el hospital en donde tendría la consulta mi hija, se encontraba con grietas que se veían desde lejos, los cristales de los ventanales habían desaparecido, el radio estaba en silencio, la pareja trataba de sintonizar alguna estación “negativo”

La pareja se dirigió a la zona sur de regreso a casa como se pudo, cruzando por diferentes calles, el silencio invadió la ciudad hasta que logro sintonizar a una estación, la voz de Jacobo Zabloudsky la pude reconocer, daba las primeras noticias del sismo. En casa había dejado a mi hijo pequeño a cargo de mi hermana la menor para que lo cuidase hasta que regresara de la cita con el médico, la angustia me invadía, algunos de los edificios de la zona cercana al centro médico se había venido abajo, mi casa se encontraba en una zona más vulnerable, ¡solo quería llegar!

Al llegar a casa corrí a buscar a mi hijo, lo encontré con mi hermana a salvo, informándome que con su cuerpo lo protegió colocándose bajo una litera, los daños en casa eran una fotografía mal puesta en el piso, el resto de familiares se encontraban sin daño alguno. De inmediato

tanto la pareja mi hermano y yo les narramos lo sucedido, tomando medidas precautorias para mantener las reservas de alimentos y el agua, aún había incredulidad de algunos familiares pero el instinto de conservación impulsaba a actuar.

El agua era lo prioritario, mi madre me veía con recelo al verla me di cuenta y le dije: “¡va a ser necesario clorar el agua, hervir la que se va a tomar y la que se va usar para cocinar!” Ella decía que en las noticias, la interrumpía diciendo: “¡lo que vi allá no es de la magnitud que se dice!” ese mismo día ya no hubo agua, ni a los días siguientes, los vecinos se adelantaron a destapar una coladera que suministraba agua potable, nos formábamos para sacar una cubeta para cada persona, así lo hicimos por varios días hasta que se restableció el servicio.

El aroma que fue invadiendo el ambiente era peculiar, tenía náuseas, en forma paralela pensaba en mis compañeras que salían de guardia el día del sismo, la escala del sismo era importante por la magnitud, en mi interior la sacudida fue inmensamente profunda, los daños aún en lista de espera, la reconstrucción en igual estado.

La vida tira para adelante, no volví a ser la misma, lo observaban familiares, amigas incluso me daba cuenta yo misma, preferí guardar silencio. Los terrenos vacíos de la zona sur fueron algunos emparejados con escombros sin saber con exactitud de donde provenían, de ellos emanaba el olor parecido al que me producía náuseas. La reconstrucción de las zonas afectadas por el sismo llevaría años, la interna y personalísima igual

Llegaron tiempos difíciles al seguro social, la información contradictoria, requería de participación de los trabajadores, acompañaba a mis compañeras para informarme de los sucesos y de los resultados de algunas asambleas, el tiempo fue corto no más de veinte días los que correspondían a mis vacaciones y era solo en horas específicas, en ocasiones rebasaba la hora para estar de regreso a casa, lo que si me restaba tiempo de atención a mis hijos y a las actividades de la casa, la pareja me observaba con desconfianza. Al visitar a sus padres pasaba lo mismo, al explicar lo que estaba sucediendo dentro de la institución en el área de enfermería, guardaban silencio, se “retiraban” realizar alguna tarea doméstica pendiente, quedándome sola en la sala, acelerando de esta manera la hora de regreso a mi hogar.

Defendía el trabajo que desempeñaba, el salario desigual entre los diferentes turnos con las mismas categorías, las compañeras que asistían a las marchas, plantones y mítines eran de los diferentes turnos, salían de trabajar y se integraban, las del turno nocturno se retiraban para poder llegar a su centro de trabajo, las compañeras que nos encontrábamos de vacaciones permanecíamos un poco más de tiempo, ni la lluvia nos detuvo, la razón prevaleció, se obtuvo la jornada de ocho horas para los turnos vespertino y nocturno, con el respectivo despegue de escalafón entre lo más relevante, la unidad y solidaridad como trabajadoras obtuvo resultados, los beneficios inmediatos y a largo plazo incluyendo al personal que laboraba en esos momentos hasta el personal que estaba por ingresar a la institución.

Las consecuencias en mi hogar fueron inmediatas, al comentar con la pareja y su familia, les decía; “¡es justo lo que ganamos!”, ¡no lo están regalando al trabajar existen derechos y obligaciones”, ¡la razón eso fue lo que tuvo valor!, me observaban, ¡no me importaba!, dentro de mi sentía satisfacción, era mi trabajo y si sabía de lo que hablaba por que lo conocía, la

seguridad y firmeza de mi voz al escucharme me sorprendió, al igual que a los presentes, esto favoreció y aceleró el rompimiento de la pareja Incluyendo a su familia.

Era cierto la razón tiene consecuencias, en mi persona los efectos eran la “revolución” interior por momentos se acrecentaba, intuía que algo grave estaba sucediendo, el sexto año era el final de la preparatoria. Era un año más difícil por la cantidad de libros y actividades que se realizaban para poder aprobarlas, el área era de disciplinas sociales. Para presentar el examen extraordinario era necesario cursar obligatoriamente las materias en este caso eran cuatro, los profesores me permitieron entrar como alumna oyente, faltaba aún aprobar matemáticas V.

La implicación era realizar las actividades escolares como cualquier alumno regular, la asistencia a clases, a teatros, así como la realización, exposición, entrega de trabajos y los correspondientes exámenes, esto implicó más responsabilidad, el compromiso era conmigo misma, la cantidad de trabajos, libros a leer hacía que el tiempo me faltara. Algunos compañeros del trabajo que se encontraban estudiando en la universidad, comentaban animados dando apoyo moral para que terminara lo que un día había iniciado. El apoyo después no solo era moral, en ocasiones los compañeros de mi área de servicio tenían lapsos de descanso, éstos me decían lo que podían hacer, por ejemplo, si me faltaba hacer gráficas, ellos las hacían, yo llenaba los encabezados y contenidos con mi letra ya en limpio, en ocasiones la entrega de trabajos era de un día para otro.

En una ocasión, al gozar de hora beca se me permitía llegar con hora y media más tarde al trabajo, pero ya tenía trabajo acumulado, al presentarme al área correspondiente era resolver y abocarme a los problemas, el tiempo transcurría vertiginoso, al terminar y estar todo bajo control me daba cuenta que eran más de la una y media de la mañana, ya la hora del servicio del comedor ya había pasado y se encontraba cerrado. Al salir de la escuela de inmediato me trasladaba a mi centro de trabajo, no tenía tiempo de ingerir alimento alguno. Un compañero médico me observaba, discretamente me llamó, él se encontraba en el límite del área de informes, salí a la pequeña sala de descanso, él se acercó extendió la mano y dijo; “¡Salí a comprar una torta y un refresco, era todo lo que encontré!” “¡Permítame dárselo!” “¡yo también pase por esto!” “¡vamos a tener una noche larga con más trabajo!” Agradecí profundamente la atención del compañero, el estómago hizo lo mismo.

Varios compañeros se percataron de esta situación, después trabajábamos cada quién cumpliendo con su responsabilidad, además se estrecharon los lazos de camarería con el debido y adecuado respeto, formando un equipo de trabajo, profesional y de excelente calidad humana, los resultados se reflejaban no solo en las estadísticas de trabajo, sino también en el trato hacia los que teníamos en nuestras manos y de los que éramos responsables. Esto permitía que al salir de laborar experimentara la sensación de satisfacción, lo que se reflejaba a su vez en mi persona, en mi familia.

La asistencia a las diferentes obras de teatro no solo servía para cumplir el requisito, me permitían relacionarme con los compañeros de ese grupo, además con las profesoras y profesores con mayor facilidad, estos profesores eran llamados por los compañeros “¡los pesados!” “¡Aprobar las materias que ellos impartían no era fácil, en los exámenes era sumamente difícil!” Así concluían el comentario. La decisión de ser oyente y disciplinarme para cumplir el compromiso era la meta. Al finalizar el año había cumplido con cada uno de los



requisitos solicitado para cada materia, en el periodo de exámenes extraordinarios presente cada uno de ellos, al presentar el examen de la materia más difícil que correspondía y al profesor más exigente sucedió algo inesperado.

Al estar en el salón asignado, se paso a lista correspondiente, el profesor con el rostro serio, menciono mi nombre con frialdad indicándome que me saliera del salón, con sorpresa de los compañeros y la mía que no comprendía que lo que sucedía en esos instantes, desconcertada me levante de mi banca, ya de pie el profesor dijo conservando la frialdad en su voz; “¡ya no presentas el examen estás aprobada!”

No tuve tiempo de preguntar con que calificación aprobaba la materia, al salir del salón, me detuve volteé la cabeza, desde lejos mire a los ojos al profesor, indicándome éste que cerrara la puerta, los ojos los sentía humedecidos, eche andar por los pasillos ya en esos instantes desiertos, dirigiéndome hacia la asta bandera, que era la parte central de la escuela y el cruce obligado para dirigirme a la puerta de salida, me detuve unos instantes en ese lugar, girando la cabeza hacia ambos lados, sintiendo alegría, tristeza, satisfacción entremezclados. El asta bandera era el punto de reunión de los compañeros años atrás, cerraba esa etapa despidiéndome de ese lugar, cumpliendo con mi propio compromiso en ese presente.

A la siguiente semana se publicaron los resultados de los exámenes, de esta manera logre terminar el sexto, con un triunfo solitario, pero un triunfo al fin, sentía haber roto una barrera ¡lo había logrado!

Me dirigí a casa para informarles a mis hijos y a mis padres del logro obtenido, al recibir la noticia se mostraron contentos, les comuniqué a mis amigos de ese tiempo, los que aún frecuentaban con agrado recibían la buena nueva. Al no concluir en tiempo y forma el ciclo correspondiente, me había costado más esfuerzo, a su vez obtuve, solidaridad, apoyo de varios tanto compañeros como compañeras. Que podría decirles a ellos con el sentido agradecimiento hondo profundo sin olvidarme de Ana mi amiga, que cuando podía impulsaba ese crecimiento profesional, que conllevaba no solo al aspecto social, al espiritual que ese me correspondía descubrirlo e integrarlo a mi vida, para que fuera completa, de mejor calidad de vida.

Me encontraba aún emocionada por lo que llame por teléfono a una de mis amigas que vivía cerca de mi domicilio para comentarle lo sucedido, esta me invito a su casa y acepte, llegue en compañía de mis hijos festejamos en forma conjunta, pero se introdujo a la sala una perra pequeña de color canela, de inmediato me lamio las manos, la cargue a la altura de la cara, me estampo sendos lengüetazos, mis hijos rieron. Mi amiga dijo; “¡la quieres, llévatela!” “ Es de raza pequinuesa, no crece mucho”

A esta perrita la llame “Canela” los niños aceptaron el nombre, fue una nueva integrante de la familia, faltaba informar a la pareja, al llegar él a casa, escucho, sonrió, no pronuncio palabra alguna, dejo pasar unos meses en silencio sin ningún comentario, sin dirigirme la palabra, él conversaba con mis padres, con mis hermanos, con mis hijos, con sus familiares, yo ya era ignorada absolutamente. Cambie de lugar de trabajo me fui más lejos a una nueva unidad, mis compañeras al enterarse comentaron; “¡los cambios son buenos!” no sentí alegría alguna, el cambio de unidad procedió sin ningún obstáculo, dando los primeros resultados en carne viva de manera inmediata.

Cuando regrese al día siguiente a casa, descanse por la mañana, la pareja regresaba por la tarde, me fingí dormida, la pareja comento en voz discreta la salida con una mujer en el fin de semana, dándome cuenta, de que eso que intuía era cierto, de esta manera me enteraba que ya él tenía otro compromiso, lo que motivo que se fuera con sus padres, ¡realmente estaba furiosa lo saque de mi casa! Mis padres se dieron cuenta por los gritos, no atinaban que decir, era el final de lo yo que llamaba hogar, había desatado la guerra, los costos, la separación voluntaria y definitiva, ¡no existió el amor, la compañía! mejor dicho era un enorme obstáculo incluso para disfrutar plenamente la vida, lo sabía, pero en mi interior la revolución estallo, ¡sentía tristeza, coraje por la traición y mi propio engaño!, ¡la intuición había dado la alarma desde la formalización de la relación!, ¡se abrió una herida sin darme cuenta!

Al poco tiempo enferme de una bronconeumonía, la fiebre no cedía, pasaron algunos días y mi estado empeoraba, se había realizado la consumación del divorcio, ¡sentía morir! Pero no era mi tiempo, un hermano evangélico conocido de mi madre la visito en compañía de su esposa, oraron al pie de mi cama, días después se controlaba la fiebre, toleraba la comida, respiraba con dificultad, la sensación era de debilidad, me anime a tomar el sol y salir a caminar, la sensación era extraña, ya conocía el rumbo, las calles, los vecinos al verme saludaban, pero yo me sentía diferente, faltaban algunos trámites para la pensión alimenticia de mis hijos, ¡esto me animo, a la ya ex pareja, lo haría cumplir con esa responsabilidad!

La debilidad se acentuaba, me hacia sentir con la piel como si fuera hecha de papel de china, al abordar el transporte público apenas lograba sostenerme, existió la necesidad de descansar por varias semanas para poder recuperarme, la revolución interior lentamente se apaciguaba.

Concluidos los trámites correspondientes, a cobrar la correspondiente pensión, ahora disfrutaba por más tiempo de la compañía de mis hijos, aprendí a enfrentar y resolver los problemas conforme se iban presentando, la calma tranquilizaba a ratos mi alma. Mis hijos crecían, su padre se olvido rápidamente de ellos, al cumplir los dieciocho años mi hijo el menor, demando para la suspensión de la pensión, la acepte, no lo volví a ver, el padre de mis hijos se olvido de manera definitiva de ellos.

Las mascotas de mis hijos fueron una compañía para ellos, lo fueron también para mí, en ocasiones no deseaba salir, la Canela se quedaba quieta, salía a orinar ó defecar al patio de la casa, regresaba de inmediato, me movió y conmovió, ¡no tenia que pagar lo que no debía! Fue un animal sensible, al tener la segunda camada, se quedo otra perrita su hija a la que llamaron mis hijos "La Negra Tomasa" cuando me independice de mis padres al obtener un departamento por el infonavit ellas también se fueron conmigo, atentas esperaban en la puerta del departamento cuando mis hijos regresaban a casa, al irme a trabajar por las noches y al regresar la por la mañana, encontraba especialmente a la Canela en la puerta.

Era cierto yo tenía hijos, una familia pero la Canela y la Tomasa me tenían solo a mí, en los pocos ratos que tenía para descansar, me gustaba acariciarles el pelo del cuello, la pancita caliente y así las tenía a las perritas con las patitas hacia arriba, disfrutaba este pequeño oasis para continuar con las actividades cotidianas. Reconozco la interacción de los lazos profundos con estos animales.

La realidad y la vida se hacían presentes a cada momento proporcionando oportunidades, al presentarme a laborar en el corcho del pizarrón de avisos de mi centro de trabajo, fue pegada la convocatoria para la inscripción a la universidad para concluir la licenciatura en el sistema abierto con un lapso de un año, con revalidación de materias, para obtener el grado de licenciatura, posteriormente se abrieron los diplomados a nivel de posgrado, cursándolos satisfactoriamente, estos pequeños logros me mantenían actualizada al igual que la institución me enviaba a cursos a los cuales la asistencia era programada.

Continúe trabajando ahora en dobles turnos, para pagar el departamento, cambie de adscripción una vez más para estar mas cerca de casa, mis hijos continuaron estudiando, hasta donde pudieron, posteriormente decidieron hacer su propia vida, yo me quede en casa, formando y reconstruyendo mi hogar interno, pasaría mucho tiempo, me sentía débil con el trabajo agobiante, necesitaba reconstruirme, necesitaba tiempo, porque tenía varias alternativas; ver mi vida como un drama, en el pasado que ya no lo podía regresar ni cambiar, existía otra alternativa dejarme llevar por el viento como una hoja que cae y se levanta, o podía disfrutar el tiempo presente plenamente.

Al irse a vivir su vida mis hijos, las perritas se quedaron solo conmigo, al poco tiempo murió la Canela de manera natural, su hija Tomasa le sobrevivió a su madre cuatro años más, si me quejaba de la falta de lealtad y fidelidad, en estos animales tuve prueba de ellas, no podía negar que no la hubo, fueron además mis cómplices, lo que merecían era una muerte digna, así fue para la Tomasa, cuanto me acompañaron en los momentos difíciles, abría la memoria y recordaba que había amado a otro animal, al perro “El Duque” y a estas dos entrañable y profundamente.

Pase por el duelo, sufrí por la perdida de mi perrita a su vez jalaba y cerraba a los otros dos, a el “Duque” y a Canela. Dentro de este panorama, solicite al veterinario que incineraran el cuerpo de Tomasa, informándome éste que al siguiente día entregarían sus cenizas. Me presente por la tarde del siguiente día a la hora convenida, los restos de mi perrita no llegaban, esperando por más de dos horas, fui informada por el veterinario que por el tráfico causado por un accidente en el periférico la ambulancia no podía pasar. Se atravesaron marchas, plantones, mítines en el mismo periférico al día siguiente, después se descompuso la ambulancia por lo que pasaron varios días para recuperar sus cenizas.

Cuando se resolvieron los obstáculos las cenizas de Tomasa pudieron ser llevadas a la veterinaria, en una sencilla ceremonia fue entregada por el veterinario la urna con los restos de Tomasa, mis hijos deseaban al igual que yo, que sus cenizas fueran esparcidas en el bosque del “Desierto de los Leones”

Los restos de Tomasa permanecieron un poco de tiempo más en casa conmigo, un sábado con día soleado y despejado me dirigí a depositar las cenizas en el bosque pensaba “a ella le hubiera gustado el bosque para correr y ser libre” al llegar al lugar seleccionado fui esparciendo las cenizas de la difunta mascota, sentí como la tristeza me inundaba, mi alma abría las compuertas de mis ojos, para que no me inundara, ¡la despedida final era entre ella y yo! Deje que las lágrimas fluyeran si las evitaba para mantenerme con una cara de falsa fortaleza, sucedía que la garganta se cerraba, dificultando incluso respirar, soltando la tristeza y las lágrimas poco a poco se limpiaba la nariz la garganta, para lograr recuperarme con mayor rapidez, porque la

vida no me podía esperar, ya tenía que pagar mantenimiento, la luz, el gas, comprar la despensa etc.

Tiempo más tarde encontraba casualmente al pastor evangélico conocido de mi madre cuando iba a visitarla, éste aprovechaba para dar alguna sugerencia o para preguntar en que estado me encontraba, una vez comentó;” ¡el pasado a Dios no le importa! Me pregunto después; ¿a usted hermana? contesté; ¡a mi tampoco!” ambos reímos, él tenía razón. ¡Por el momento necesitaba la luz, el calor, necesitaba escuchar mi propia voz! ¡Necesitaba sentirme viva! El remedio era haciendo el camino con cada paso, lentamente, recuperando la fuerza, incluyendo el coraje, que he necesitado para vivir permitiendo que el tiempo sanara las heridas, al igual que la risa.

## JUBILACION

En época de lluvias como en invierno en ocasiones las nubes al bajar coronan al Pico del Águila del volcán del Ajusco, alrededor se puede ver el color verde azulado, al regresar a casa después de trabajar, por las mañanas lo buscaba dirigiendo la vista hacia el sur de la ciudad a través de la ventana del transporte público, ó al caminar por la calles cercanas a casa, al descubrirlo me quedaba embelesaba, consolaba mi alma, todo pensamiento se detenía, ¡impresionante!, recordaba cuando era pequeña lo veía y sentía aún más grande el efecto, la tranquilidad que sentía ayudaba a descansar a mi cuerpo, ¡el tiempo pasaba, él mi cuerpo lo resentía!

En ese periodo de tiempo restante, mi alma en ocasiones se tornaba inquieta, me exigía a mi misma para dar más, la realidad daba el equilibrio, ya solo era para mí, se acercaba el termino de mi vida laboral en el seguro social, transcurrían los años requeridos, me obligaba a recordar los trabajos y esfuerzos para obtener un titulo, que había abierto alternativas para mejorar la calidad de vida tanto de mi familia como la propia, al divorciarme fue un respaldo económico, en un paralelismo con mi vida personal, indudablemente un éxito, sin olvidar los obstáculos, porque ¡nada es fácil, aprendí la disciplina manteniéndola hasta el final sin olvidar a los compañeros que desde el ingreso a la institución dieron su apoyo!

Solo me quedaban algunos meses, que transcurrían de manera lenta, al llegar temprano a laborar, observaba con detenimiento, las calles, el transporte público, el ir y venir de la gente, los puestos de tamales, el viejo puesto de los huaraches que se encontraba abierto por las noches, disfrutaba del viento y de la luz del día cuando se iba extinguiendo poco a poco, a la vez que la luz del encendido público en su lugar poco a poco la sustituía. Sucedió lo mismo al amanecer, disfrutando la puesta de sol, en especial al finalizar el invierno, coincidía con el último invierno laboral. El inicio de la primavera consolaba mi alma, el sol había sido mi compañero por muchos años, al salir de trabajar estaba presente, después despertaría a mi hora, me pondría a tiempo, ¡me daba ánimos, solo quedaba esperar!

El tiempo marcaba la hora de regresar a casa, “la última checada”, así se llamaba a la marca final del reloj en la tarjeta de asistencia, salía de vacaciones para probablemente ya no regresara más a mi centro de trabajo, la última guardia llegaba a su fin, había decidido irme como llegue, ¡fue imposible!, la intuición que por ser mujeres guiaba a despedirme de las compañeras del servicio donde me encontraba. Al término del turno, los ojos amenazaban con estallar en llanto, apenas lograba contener las lágrimas, al pasar por los pasillos deslizaba con suavidad los dedos sobre las paredes, las camillas que se encontraban ahí, con paso lento me dirigí a los vestidores tanto de enfermería como de las asistentes sociales, pase a la oficina sindical, se encontraba algunas compañeras realizando trámites de pases de salida etc. veía el reloj discretamente me despedí de la delegada sindical, la voz se fue apagando.

Pase al comedor mentalmente lo fui grabando, me acerque a los checadores, una compañera se acerco y dijo;” ¡te vas de vacaciones!” ¡Me avisas cuando te vayas a jubilar!” contesté; ¡me voy de vacaciones!” Me abrazo y dijo nuevamente;” ¡no te vayas a ir sin avisar!” respondí; “¡si, adiós!” otras compañeras se acercaban a solicitar su tarjeta y con la mano agitándola se despedían, al solicitar mi tarjeta la garganta se me cerro, y el compañero volvió a preguntar el número de la tarjeta, al dárme la tome en mi mano la observe y la introduje en el reloj, ¡todo había concluido!, unas lagrimas se escaparon, los pies me flaquearon, apenas logre escuchar al compañero de checadores que decía;” ¡tienes una gripa muy fuerte!” Contesté con un apenas audible ¡sí!, le devolví la tarjeta.

Di la vuelta, con paso lento observaba el pasillo que conducía a la puerta de salida del centro de trabajo, los recuerdos de años atrás se agolpaban en mi mente, se diluían enfrentando en esos instantes la luz del sol, para que observara el día, un día cotidiano como muchos otros, ¡pero ese día era altamente emotivo! en mi interior se actualizaba simultáneamente el presente, viviendo y sintiendo esos momentos profundamente, la fortaleza amenazaba con desmoronarse, el cuerpo amenazaba con doblarse, el espíritu me mantenía, sentía el profundo agradecimiento a la institución, la humildad por los logros obtenidos, sin dejar de reconocer el trabajo diario que signifique librar batallas cada día.

Antes de cruzar la puerta de acceso a la salida, me detuve para observar la estructura del centro de trabajo, aproveche que otras compañeras se despedían agitando la mano, contesté de igual forma despidiéndome de ellas simultáneamente con el centro de trabajo, ¡me daba cuenta cuanto lo había amado!, ahí en ese lugar había transcurrido parte importante de mi vida, más en los últimos años por el tiempo extra que realizaba, no deseaba apresurar el paso, ¡ese día ya no tenía prisa!, aborde el transporte y ya no me importo que las personas que subían al transporte me vieran llorar, ¡ya no podía detener las lágrimas por mas esfuerzos que hacia! Las deje en libertad que fluyeran ya sin ningún obstáculo.

Podía observarme de nuevo un triunfo solitario, ¡el éxito egoístamente fue solo mío! el transporte paso frente a la preparatoria y recordé ese otro triunfo al concluir el bachillerato, ¡ahora estaba a tiempo!, concluía este ciclo de acuerdo a los requisitos, pasaba a ser una ex trabajadora, los sentimientos entremezclados tristeza alegría, con todos los obstáculos vencidos era un triunfo personal importante y trascendental, ¡mi cuerpo pedía gritos atención, descanso!

Al llegar a casa me detuve en centro de la casa, me dirigí al closet, saque algunas bolsas de plástico y en ellas deposite algunos uniformes, zapatos blancos. Me detuve al observarme en

el espejo con el uniforme que aún portaba, simultáneamente etapas de mi vida personal quedaban selladas, ¡ porque era una despedida laboral que jalaba mi vida para cerrar exitosamente el pasado!, ¡ del que podía rescatar este presente!, ¡ este ahora!, ¡ por que no deseaba hacer de mi vida un drama!, ¡ porque estaba ahora en la libertad absoluta que había ganado con esfuerzo, sudor y lágrimas!, ¡ sí! , ¡Las lágrimas que las había dejado secuestradas por mucho tiempo!

En esta despedida me daba la oportunidad de integrar los pensamientos y sentimientos para que fluyeran sin ninguna restricción, ¡ nada ni nadie me lo podían impedir!, esa era mi otra yo, que emergía que me descubría, ¡disfrutaba este otro rotundo éxito, porque lo era!

Esa noche dormía plácidamente después de librar toda la carga emocional y así lo hice por algún tiempo en lo que se regularizaba el ritmo del sueño, me debía algunos años. En los primeros meses para poder dormir, se hizo necesario combinar caminata por la mañana, no podía conciliar el sueño por la noche, no era conveniente tomar medicamentos, la disciplina era necesaria para recuperar la normalidad del estado de vigilia, me llevo tiempo lograrlo.

El despertar del nuevo día con el sol brillante estimulaba levantarme y mover el cuerpo, la cabeza la sentía embotada, el piso se movía hasta detenerme con calma, la sensación era como la de un estado posterior a la borrachera, la resaca de una noche de copas, mi mente se encontraba en desorden, era necesario reubicarme, de nuevo reconocía de nuevo cada rincón de mi casa, decidí conocer la colonia aprovechando para hacer a su vez ejercicio, la decisión estaba tomada haría caminata.

La caminata la realizaría por las mañanas, o en los fines de semana en ocasiones acompañada por algunas amigas, nos dirigiríamos a diferentes lugares para disfrutar el panorama con los árboles, la tierra, el sol, la lluvia, visitando algunos parques, deportivos o bosques dentro de la ciudad, la actividad tenía como objetivo mejorar la condición física.

La primera caminata fue en un bosque cercano a casa de una de mis amigas, dirigiéndonos al “Desierto de los Leones” se organizo de acuerdo a lo planeado, reuniéndose un grupo de ocho personas, antes de llegar al bosque se tenía que caminar en las banquetas de la calzada que llevaba al lugar, el tiempo aproximado del recorrido eran de tres a cuatro horas, manteniendo el ritmo del paso, vestidas de ropa cómoda y zapatos tenis, iniciamos lo que fue para mi un duro esfuerzo.

Se dio inicio al recorrido con la sensación de cansancio al transcurrir apenas los treinta minutos, la pendiente de la calzada empezaba ser más inclinada, la sudoración profusa, el corazón latía como caballo desbocado, se hizo necesario un pequeño descanso, algunas amigas se mantenían aún frescas, la dignidad me levanto, continúe caminando hasta rebasar la hora y media, las piernas se adormecían, se tomo otro pequeño descanso para hidratarnos, el avance se fue tornando un poco más lento, en mi interior ya quería llegar, aún faltaba una hora, al cruce de la calzada y el puente de Contadero hacia el estacionamiento, al subir esa pendiente sumamente inclinada ya no pude más.

Me tendí en el pasto casi en cuatro extremidades, el aire me faltaba, el corazón latía rápido, estaba mareada, las náuseas amenazaban con hacerme vomitar, cerré los ojos todo se

volvió obscuro, fueron unos segundo, al abrir los ojos las compañeras agitaban los pañuelos para refrescarme, tome un dulce poco a poco se disolvió en la boca, al rato me estabilizaba, la mayoría de mis amigas se encontraban cansadas, por lo que se decidió llegar hasta ese lugar, ¡pero faltaba el regreso!

En ese lugar descansamos hasta que estábamos recuperadas, el sol se encontraba en su apogeo, esperamos un poco más para emprender el regreso, bajar fue más sencillo que subir, los pies resintieron ese primer esfuerzo, el sol se apiado ocultándose en las nubes, el descenso fue más rápido se hizo en dos horas aproximadamente, al concluir ese día el balance dio como resultado para mi una condición física deplorable, más o menos lo fue para el resto de mis amigas.

El retorno a casa fue inolvidable, porque al sentarme en el transporte las piernas se negaban a moverse, la cara la sentía caliente al igual que los brazos, la mochila pesaba, dentro de todos esos malestares, en mi interior ¡estaba feliz! Recordaba el panorama verde, las copas de los árboles, el olor a tierra mojada, la sensación del pasto al pisarlo, las mariposas, los pájaros y una que otra ardilla, solo vi un conejo, que diferente era verlos así al natural, como dicen los biólogos en su hábitat, el olor a pino penetraba hasta el cerebro me tranquilizaba, el esfuerzo había tenido éxito.

Discutimos el volver a regresar, aceptamos esa opción, internamente yo me prepararía para la próxima salida, así que me dedique a planear el entrenamiento en el bosquecito cercano a mi casa, lo realice en forma más lenta porque ya las uñas de mis dedos de los pies amenazaban con caerse dos de ellas, aprendía caminar con más cuidado al pisar las piedras, la piel la tenía roja, la semana transcurrió vertiginosamente revisando y armando el equipo de primeros auxilios para enfrentar cualquier eventualidad que se presentara.

La siguiente semana regresamos según lo planeado, al caminar por la ruta a seguir evitaba ver el reloj, concentrándome solo en caminar manteniendo el paso de la amiga que iniciaba la fila porque no se podía caminar en la banquetas, en primer término porque las banquetas eran angostas, no permitíamos el paso de otras personas, así era más sencillo, continuamos hasta llegar a la pendiente inclinada del estacionamiento del bosque y de nuevo ¡que sufrir! Las piernas se tambaleaban, pero teníamos que reaccionar porque enfrente de nosotras pasaban los automóviles y uno que otro camión de carga, sudando y con el corazón latiendo rápido, llegamos al estacionamiento, cansadas pero no como la vez anterior.

Caminamos por un tiempo más hasta que adquirimos un poco de condición, una amiga sugirió ir más dentro del bosque, ella con su familia se había aventurado a recorrer algunos senderos, de esta manera nos adentrábamos cada vez más en ese lugar, esto fue además de una aventura para mi empecé a mejorar la atención, audición, mis amigas y yo nos obligábamos a estar atentas por la seguridad de cada una de nosotras, recorríamos los diferentes senderos con cuidado porque varios de ellos se encontraban resbalosos, cualquier caída si podía ocasionar un accidente, en especial porque algunos senderos terminaban en pequeños precipicios o en declives profundos algunos de ellos con agua con fondo pantanoso de eso si estábamos bien consientes.

Por esos senderos descubrimos varios arroyos, agua estancada al ser taponeadas las salidas de los ductos, un pequeño río que en época de lluvia crecía inundando alrededor, era sorprendente la cantidad de rocas, troncos de árboles que tiraba y arrastraba además de la cantidad de basura, impresionaba, un día intentamos cruzarlo en esas condiciones, el agua llegaba hasta las rodillas, al perder el equilibrio pude sentir como flotaba como una hoja, rápidamente me incorpore, quedando totalmente mojada, otra amiga resbalo no se causo daño alguno, otra más al quitarse los tenis la corriente se llevo uno de ellos, corriendo tras él logrando rescatarlo.

Al poder cruzar ese arroyo que se encontraba crecido lo llamábamos “el río”, comentábamos la fuerza del agua, ese lugar era un ejemplo de lo que podía hacer si llovía con más intensidad se incrementaría el nivel agua, seríamos barridas como hormigas, correríamos mas riesgos por el derrumbe de un árbol o el desgajamiento de la montaña al reblandecerse la tierra, ¡si en efecto corríamos un alto riesgo! por ese motivo al empezar a llover, regresábamos de inmediato al estacionamiento. Los senderos al llover eran resbalosos, el riesgo de sufrir algún accidente se incrementaba, emprendíamos la graciosa huida, la seguridad era ante todo.

Al terminar la época de lluvias se decidió que después de realizar la caminata, se podría recolectar la basura que encontráramos por diversos lugares, depositándola en bolsas de plástico. Así lo hicimos las bolsas se llenaban rápidamente, faltando más de ellas. Regresábamos transcurrida una semana, la sorpresa mezclado con enojo al ver que la zona se encontraba de nuevo con basura en igual cantidad o más, algunos visitantes hacían caso omiso de los letreros y de los botes que se encontraban para tal fin, dejaban las bolsas de basura en donde realizaban la fogata o en el punto de reunión, decoraban las ramas con los envases vacíos y bolsas de plástico.

Otros visitantes del lugar realizaban la recolección de basura de manera voluntaria. Ese bosque conservaba árboles de muchos años de edad, ayudaban a ser un pulmón para la ciudad, mejor dicho un alvéolo, corría el riesgo de ser destruido por la falta de recursos y atención adecuada dábamos aviso al guardabosque, hacíamos lo que se podía a nuestro alcance, suspirábamos al ver una que otra ardilla en la copa de los árboles, hasta ellas se encontraban disminuyendo en esa área.

Dentro del bosque en los senderos encontrábamos a diversas personas, familias que disfrutaban del panorama, de caminar con lo que aún quedaba de la naturaleza, pero también encontrábamos a personas no gratas, en una ocasión al ya casi salir de un sendero del bosque para dirigirnos a la calzada para regresar, fuimos interceptadas por un hombre que se pego a la fila por donde veníamos caminando gritándonos el porque íbamos a ese lugar, una amiga contesto de inmediato; “¡porque queremos!” El tono no fue dulce, el hombre bajo la voz dijo; “¡solo preguntaba!” cada quien siguió su camino no volvimos a ser molestadas, de esta manera estábamos más al pendiente de nuestro alrededor.

Con el paso del tiempo fuimos adquiriendo condición, decidíamos cambiar el rumbo, alternando los diferentes bosques y deportivos, en tiempo de invierno decidíamos si se podía hacer fogatas, nos llevábamos el olor a humo a nuestro hogar, como una de mis amigas decía; “¡olemos a humo de otro hogar!” en realidad así era aunque era el humo de otro lugar.



Aceptábamos algunas sugerencias de algunos familiares de nuestras amigas, la lluvia, el frío, la niebla, el sol no impedían la caminata, haciendo de esta una disciplina, más la solidaridad y la compañía de nosotras, hacia que disfrutáramos de este ejercicio, mejorando la salud. En efecto regresaba a casa gozando de los beneficios inmediatos y a largo plazo, en mi persona sucedieron cambios, el sol había cambiado el tono de mi piel, con ese color lucía mucho mejor, la atención y el estado de ánimo mejoraban, me detenía a pensar con tranquilidad los asuntos a resolver, sentía la sensación de plenitud asombrosamente me sentía completa.

Paso algún tiempo, algunas amigas ya no podían asistir los días sábados, decidieron caminar en su tiempo libre, así que también nos independizamos, cada una tomo su propio camino, aprendía que todo tenía un final, esa era la realidad ¡nada es para siempre!

El tiempo adquirió un nuevo significado, me permitía pensar y observar, ya despejada la mente salía del embotamiento, de la somnolencia, el estado de alerta se incrementaba, mejoraba paulatinamente, ¡extrañaba la comida del comedor!, ahora la tenía que preparar o comprarla que así lo hice por algún tiempo, disfrutaba cuando preparaba mis alimentos, así que me di a la tarea de visitar los mercados cercanos a mi domicilio para investigar calidad y precios, aprendía a negociar, encontraba productos inimaginables, disponía libremente de mi tiempo.

Recorría las calles de la colonia, observaba las tiendas, los negocios, me aventuraba incluso a recorrer otras colonias, extendí el área de caminata encontrando nuevos lugares, variando el rumbo, recordé un lugar al que mi padre me había llevado en compañía de uno mis tíos, hermano de mi madre que nos visitaba, él venía de Guadalajara. Era un lugar boscoso enclavado en plena avenida de los Insurgentes, rodeado de unidades habitacionales y zonas residenciales, frente a una zona comercial encontré la entrada hacia “Las Fuentes Brotantes”

“Las Fuentes Brotantes” fue un lugar preferencial para mí, traía a mi memoria gratos recuerdos, lo disfrutaba en este presente, era un pequeño bosque con un lago con gansos, patos y tortugas, una calzada conducía a ese lugar, con un arroyo a un lado que llevaba agua corriente, en tiempo de lluvias el caudal se incrementaba considerablemente, esta provenía de los mantos acuíferos subterráneos de la zona del Ajusco. El mercado de comida contaba amplia variedad de platillos para degustar, un área para realizar ejercicio al terminar el recorrido se continuaba la vida con la actividad correspondiente.

En ocasiones durante el recorrido por el bosque que se encontraba cerca de mi casa encontraba a algunos vecinos o amigas, acompañándonos a hacer cada quien su rutina, o caminábamos hasta el siguiente Bosque de Tlalpan, la caminata duraba a paso regular aproximadamente una hora veinte minutos, más el recorrido del circuito interno, aumentaba una hora más, terminando mis acompañantes rendidos, transcurrían dos o tres días para volverlos a encontrar, accedían a acompañarme pero esa vez a una zona más cercana, aceptaba el trato para no extenuarlos, negociábamos hasta ellos podían llegar.

Decidí por un tiempo visitar algunas zonas en el estado de México armada por la cámara del teléfono celular, la cámara ayudaba a captar buenas imágenes, en especial las áreas verdes, el campo, los ranchos, las carreteras con las milpas a cada lado, observaba las casas, a los habitantes, llamando la atención las costumbres y tradiciones del lugar que visitaba.

La región de los volcanes era un lugar que me atraía, la había visitado en compañía de la ex pareja y de su familia, en esa ocasión al llegar al Paso de Cortes, sentía dificultad para respirar, la cabeza me daba vueltas, lo que ocasionó la suspensión de la ascensión al volcán del Popocatepetl con las consecuencias inmediatas, tenía veintiséis años de edad, la causa el llamado “Mal de montaña” no tenía condición para subir.

Regrese muchos años después no me permitieron la ascensión de nuevo pero esta vez fueron los militares en guardia, el Popocatepetl se encontraba activo, permitiendo el paso a las cascadas de Xalizintla, admirando la media luna y el bosque que se encontraba treinta minutos en camino de terracería en automóvil hacia adentro, la sorpresa era que me encontraba sin presentar ningún problema, no me marearon ni las curvas pronunciadas, comprobé que la atención si había mejorado notablemente, podía descubrir a los pájaros, las ardillas, establecía los puntos de referencia que me permitieron regresar sin problema.

Al día siguiente confirmaba el estado de salud, ninguna molestia, procediendo a preparar el desayuno con los alimentos que había comprado en el trayecto de regreso a casa, una buena rebanada de pan de nuez, un exquisito mixiote de conejo con nopales y chile guajillo, mermelada de zarzamora, tortillas hechas a mano, con sorpresa descubrí la botella de agua miel para preparar un exquisito curado de guayaba pero este era para la comida, la degustación placentera y lenta me esperaba no había que perder tiempo.

Tiempo después fui invitada al estado de México para la celebración del Santo Patrono San Miguel Arcángel del pueblo de Chiconcuac, partimos a ese lugar en compañía de algunas amigas, llegamos por la mañana para estar presentes en la celebración de la primera misa, ahí fuimos presentadas a las esposas de algunos mayordomos, dándonos las instrucciones para escuchar el concierto, esperaríamos las siguientes para después dirigirnos a la casa del que le correspondía ofrecer el desayuno, atentas escuchamos. Acto seguido nos introducimos a la iglesia la que se encontraba adornada con flores dejando solo el espacio de las bancas para que los feligreses pudieran sentarse, el resto era ocupada por flores de todos tipos.

La indicación fue precisa de la esposa de un mayordomo; “¡busquen acomodo, ya llego el mariachi Vargas de Tecalitlan ¡” fue sorpresa, sin más cada quién busco su lugar donde pudo, para mi suerte alguien había retirado un arreglo floral dejando el espacio a la izquierda de San Miguel Arcángel, frente a mí aproximadamente a menos de dos metros de distancia se detuvieron los integrantes del mariachi, estos se fueron acomodando, después de tocar las mañanitas, continuaron con el “Huapango de Moncayo” parpadeaba lo menos posible, los milagros existían indudablemente, pero después de misa fue lo mejor, tocaron algunas de las canciones que me fascinaban desde pequeña, otras nuevas, fueron dos horas, las sorpresas no terminaban, ofrecieron una botella para todas las amigas, hicimos el honor al buen tequila, decían los que nos veían como fuereñas; “¡es para que vayan preparándose para el desayuno!”

Ya eran cerca de las nueve de la mañana, terminé la ronda del mariachi Vargas de Tecalitlan, dieron las instrucciones de seguir a la banda sinfónica a donde fuera, otra agradable sorpresa en especial para mis oídos, ya rebasaban de las nueve y media de la mañana, la banda se reportó y tocó las mañanitas al Santo Patrono caminando por algunas calles tocando “La Marcha a Zacatecas” y después varias más como “Juan Colorado” comentaba en voz alta con mis amigas; ¡esta música solo se escucha en pocas ocasiones!

A ésta caminata la llame “caminata festiva”, la razón era que caminábamos acompañadas con música de banda, los músicos caminaban entremezclados con las personas que al escucharlos se iban integrando, su director les daba instrucciones a unos por aquí otros por allá, finalmente se detuvieron a la casa indicada para ofrecer el desayuno, se tocaron las mañanitas, al entrar y ser designados los comensales en las diferentes mesas, “La Diana” no se hizo esperar, fluyendo los platillos y la música, sin olvidarme de los otros músicos que tocaban la chirimilla, éstos contrastaban con la música de la banda sinfónica, haciéndome recordar la canción del “Niño del tambor” sí ahí estaban ellos ofreciendo lo que podían dar.

Al concluir el desayuno, regresamos a la iglesia, dentro del programa le tocaba presentarse al Ballet Folklórico de Amalia Hernández, ¡nueva sorpresa! Aquí los ojos los mantenía abiertos sin pestañear más cuando le toco turno al estado de Jalisco, las notas del “Son de la Negra” las coincidencias no existen, lo comprobaba, estaba en completo éxtasis, ni me acordaba que tocaba retirarse para dirigirse a la siguiente casa, mis amigas amenazaban con dejarme, afortunadamente no había sonado el teléfono celular, esperando en cualquier momento indicaciones a seguir. Nueva indicación la que tardo un poco en llegar, pero ni prisa teníamos escuchando embelesadas la música de la banda y no tan embelesadas a la chirimilla, la indicación se dio nuevamente; ¡“Sigán a la banda!”

En el camino intercambiamos algunas opiniones con algunos integrantes de la banda, el sol se encontraba en su apogeo, la casa a donde nos dirigíamos sí se encontraba un poco retirada del centro del pueblo, atravesamos las calles sucediendo lo mismo de nuevo como horas antes, las personas al escuchar la música salían y se integraban a la columna de nuevo entremezclada con los músicos los que seguían tocando. Al detenerse en la casa indicada por el director de la banda, los músicos tocaban las mañanitas y de nuevo los comensales éramos distribuidos en las diferentes mesas, la botella se obsequiaba, pero esta vez por la sed, se ofreció agua miel, cerveza, refresco para iniciar, pasaron las carnitas, las tortillas, mixiotes de carnero, barbacoa, frijoles.

En la mesa se sentaron algunos músicos con sus familiares, intercambiando alguna información y opiniones, después de todo ya no éramos tan fuereñas, extrañamente ni el agua miel, la cerveza ni el tequila lograron hacerme perder la cabeza, el estómago se portaba de excelente digestión, internamente me encontraba disfrutando esos instantes, mi alma henchida de felicidad, la música penetraba en mis oídos traspasando tiempo y espacio, en ese momento la lluvia se hacía presente, obligando a refugiarnos un poco más hacia el interior de la casa, al caer por las ranuras de las láminas formaban una cortina de agua que separaba la cocina del patio, los integrantes de la banda seguían tocando ahora más entremezclados con los comensales, esto era el toque especial, lo inusual.

Desafortunadamente era tiempo de regresar, después de despedirnos de los mayordomos emprendimos el regreso a la ciudad para dirigirnos a casa. Durante el trayecto de regreso observaba el campo a los lados de la carretera, la urbanización que se estaba realizando, el recuerdo me transportaba a la casa de los abuelos, y de “El Mirador” ya había sido testigo de esos cambios, en este lugar aún se observaban algunas milpas, los mayordomos se esforzaban para conservar sus tradiciones, una forma de agradecer al Santo Patrono y de dar por los beneficios obtenidos.

La modernización, la evolución material, no dejaba de lado a la otra parte interna y personalísima, con la naturaleza, con San Miguel Arcángel, con el Creador del cielo y de la tierra, los músicos de la chirimilla estaban presentes alterando con la banda sinfónica, ¡no les importaba! Tocaban con sencillez gusto y humildad, en definitiva me conmovieron.

En casa me esperaba lo cotidiano, daba por concluido ese viaje, la mochila quedó en espera de ser arreglada, se podía esperar un día más, cuando sonó el teléfono, nuevamente recibí otra invitación la contestación de inmediato; ¡SÍ! Y esa fue otra experiencia. Los viajes por pequeños que sean ilustran.

De esta manera poco a poco la adaptación a esta mi nueva forma de vida tranquilizaba mi cuerpo, alma y mente, revitalizándome, viaje de vez en cuando, permitiendo que la conciencia se abriera cada día más al amparo del cielo y de la tierra, con cada nuevo día.

Ahora me acercaba con mayor facilidad la gente, era cierto, las vacaciones ya eran permanentes, me permitía conversar con algunos vecinos, en especial con las mujeres de los negocios, presentándome con ellas, llamando la atención la respuesta;” ¡señora ya la conocía a usted, en las mañanas cuando llegaba de trabajar y por las tardes cuando se iba!” me sentía extraña, porque desconocía en que otros lugares podía comprar lo necesario, además de ese lugar, el contacto con estas mujeres y la observación fueron guiándome al recuerdo de otras mujeres, a las mujeres de mi familia.

En este tiempo podía recordar a las dos abuelas, a Diana y a Elena, las dos diferentes, conviví más tiempo con una de ellas, con la abuela Elena, me intrigaba que a ella no le gustaba platicar de su vida, probablemente no había muchos recuerdos agradables, por el contrario había sido su vida dura, por ser hija de padres campesinos, el trabajo en el campo era pesado, con el trato hacia la mujer no con el respeto que correspondía. Con lo que respecta a mi abuela Diana era la misma situación, al abandonar al abuelo Emeterio, pudo desarrollarse en el comercio de las tostadas y ser una mujer empresaria.

Mi madre al llegar a la ciudad aproximadamente a la edad de catorce años, trabajó valiéndose por sí misma, aprendiendo con coraje para sobrevivir ella sola dándose a respetar sacaba la casta, obtuvo la visión para que nosotros sus hijos, aspiráramos a un nivel de vida mejor que el ella y las abuelas, ¡logro más que ellas!

El tiempo ha transcurrido me detengo al ver a las tres, el esfuerzo de mi madre fue más allá de las expectativas que tenían las abuelas, fue el escalón para que ascendiéramos los que pudimos y quisimos ascender como hijos a otros niveles de conocimiento no solo profesional, social, también como personas. Hubo carencias y errores, que ahora como individuos adultos las podemos satisfacer y resolver. ¡Reconozco su amor expresado de muchas maneras al descubrirlo en este recuerdo! ¡Su impotencia cuando el cuerpo y las fuerzas se minaban por el cansancio y ya no podía dar más! ¡Disfrutando de los éxitos alcanzados por nosotros! ¡La tristeza cuando errábamos el camino! ¡Responsabilizándose por cada uno de nosotros, sus hijos!, ¡Conservando la fe esa que mueve montañas para que las oraciones llegaran a oídos del Todopoderoso para nuestro amparo y protección en todo momento!

Pero existe una cuarta persona como adulto, mujer y madre, ¡ésta que ahora puede ver, sentir y escuchar a las otras tres!, ¡aunque las otras dos ya no estén presentes!, ¡Soy Diana Patricia!

## ÍNDICE

Primeros Años .....	1
Pedregal .....	6
Nuevo Horizonte .....	17
Tiempo de Estudio .....	25
Remanente .....	38
Jubilación .....	45